

MARIO GARCÉS DURÁN

Crisis Social y Motines Populares en el 1900



Capítulo Cuatro

La cuestión social y la protesta popular

"Mientras tanto que la prensa i la autoridad niegan la existencia de la cuestión social, ella sigue su curso sin que la fuerza ni nada pueda detenerla. Ella sacude al pueblo, lo despierta. Lo ajita i lo nace entrar en la lucha, ella va penetrando por todas partes como el agua que busca el vacio; hablándole al productor sobre sus derechos usurpados i sobre sus conquistas. A su fuerza de convicción no le resisten las ambiciones políticas, fanatismos y prejuicios. Es por eso que jermina ya en el pueblo...

I tómese en consideración que su propaganda casi se debe únicamente al elemento jenuino, nativo del pueblo, i no al elemento extranjero, cómo se ha dicho en la prensa"

Diario Jerminal, Stgo., 26 de abril de 1904.

La Comisión Consultiva de gobierno que visitó la pampa salitrera el año 1904 reconoció causas suficientes para que existiera "malestar" entre los trabajadores nortinos. Sin embargo, ello no autorizaba para diagnosticar-como señaló la Comisión- que se verificara en la región "lo que propiamente entiende la economía política por cuestión social".

Para Santiago y Valparaíso, sin embargo, o para Lota y Coronel, no se requerían "Comisiones Consultivas" para saber si existía o no "malestar" entre los trabajadores y menos

aun para reconocer si existía o no la "cuestión social". En realidad cualquier observador independiente podía apreciar el asunto simplemente porque aquí la pobreza era indisimulada y se manifestaba en extendidos arrabales y conventillos, en condiciones sanitarias y urbanísticas subhumanas, en epidemias difíciles de conjurar, en subempleo y desempleo abierto, y en estos mismos años, en una creciente inflación que empeoró las condiciones de subsistencia popular.

Al cambiar el siglo, la sociedad popular enfrentaba, en realidad, una de sus más agudas crisis históricas. Se agotaban, por una parte, los caminos de subsistencia peonal cuando fue perdiendo sentido emigrar a las fiebres de oro que tocaban ya su fin. Por otra parte, las condiciones de vida en las grandes ciudades se habían francamente deteriorado en los conventillos de 1900.

La situación no era más favorable para los artesanos, que difícilmente prosperaban como producto de la creciente competencia industrial y la débil o casi nula protección estatal. Compartían, en consecuencia, los artesanos, progresivamente la suerte de los más pobres. Los sectores obreros, finalmente, si bien crecían en número en importantes establecimientos mineros e industriales, no veían satisfechas sus demandas para alzar sus salarios, fuertemente deprimidos como producto de la inflación, y no se abrían tampoco espacios ni condiciones mínimas para negociar con sus patrones.

Había en consecuencia, razones suficientes para que se extendiera el malestar entre los sectores populares, y más todavía si se considera que el ciclo salitrero había significado un incremento importante de los negocios y del consumo de la élite. Con todo, la élite por mucho tiempo todavía, prefirió atribuir los síntomas de malestar al impacto de la propaganda anarquista y socialista, es decir, a las "ideas perturbadoras del orden social" que iban ganando espacio -"como el agua que busca el vacío"- entre los obreros, los artesanos y entre los elementos cultos y empobrecidos de la clase media.

Para la élite era mucho más fácil no ver y no escuchar y confiar todavía en el "Estado en forma", es decir en ese Estado "de derecho" afanosamente construido a lo largo del siglo XIX. Muy articulado en la superestructura y bien conectado al mercado internacional, pero con una débil e insuficiente legitimidad social en la base, sobre todo en la popular. Es que en realidad se trataba de un "Estado en forma" más para sí mismo que para el conjunto de la nación. Ello por cierto era un problema muy difícil de reconocer, no solo porque la élite se sentía y se proclamaba a sí misma la mejor expresión de la nación, sino porque además reconocerlo tendría que haber significado emprender una reforma sustantiva del Estado, para hacerlo efectivamente nacional.

Era entonces más fácil persistir en los formalismos legales y academicistas: en la región salitrera y en Chile, dirían también muchos, no existe "lo que propiamente entiende la economía política por cuestión social". La cuestión social, sin embargo, no quedaba resuelta con este tipo de sentencias. En efecto, ella ya se había manifestado como protesta social en 1890, a través de la huelga minera y portuaria que debió enfrentar el gobierno de Balmaceda y se volvería a manifestar -al cambiar el siglo- con mayor regularidad e inusitada fuerza en la huelga marítima de Valparaíso, en las protestas populares de Santiago en 1905, en Antofagasta en 1906 y finalmente -cerrando este ciclo de manifestaciones populares- en Iquique, en 1907.

En todos estos casos, la "cuestión social" fue enfrentada recurriendo al expediente de la fuerza, o sea a la represión lisa y llana de los movimientos de protesta popular. La represión, como bien sabemos los chilenos, por una experiencia histórica directa, reiterada a lo largo del siglo XX, no es más que la confesión de una carencia de legitimidad social y política de los sectores dominantes de la sociedad. Es el intento de disciplinar a la sociedad-particularmente a la popular- ya no por la vía del consenso y la negociación, sino que por la vía del silenciamiento y de su negación como interlocutor. De este modo, en los primeros años del siglo, a pesar de que no se reconocía la existencia de la "cuestión social" fue necesario recurrir al lenguaje metálico de las ametralladoras y los sables para intentar demostrar que la cuestión social efectivamente "no existía".

La primera década del siglo XX chileno, es, en este sentido, tremendamente paradigmática. En efecto, ella puso de manifiesto la precariedad del Estado nacional para hacerse cargo de los problemas "nacional-populares" (fundamento último de la nación) y evidenció, por otra parte, la decisión "social y política" de las clases populares para enfrentar de modo colectivo la resolución de sus problemas "económicos y sociales" más apremiantes.

En la primera década del siglo, teniendo como telón de fondo el empobrecimiento de las condiciones de subsistencia popular, opresores y oprimidos se terminaron de descubrir y de reconocer; unos y otros hicieron evidentes sus disímiles identidades, largamente construidas a lo largo del siglo XIX, y tanto los unos como los otros agudizaron la lucha de clases. Los movimientos sociales populares esbozaron, en este proceso, sus primeros proyectos políticos de largo aliento.

La prensa conservadora de principios de siglo destacó el hecho de que las ideas anarquistas ganaban prestigio y "mal aconsejaban" a los obreros y a los "pobres sin cultura". Y llamó también la atención sobre las acciones vandálicas y "vergonzosas" que protagonizaron los más pobres. Reconoció, es cierto, la "justicia" de algunas de las demandas de los trabajadores y la necesidad de que el Estado interviniera en los asuntos económicos y sociales. Criticó también a algunos empresarios para que se abrieran a un mayor diálogo con sus trabajadores. Pero la verdad sea dicha: no encontró mayor eco en los círculos del poder.

Si la protesta social no fue el producto únicamente de las ideas anarquistas, que ciertamente ganaron en extensión y prestigio entre el "elemento jenuino" y "nativo del pueblo", fue entonces el producto de una nueva situación histórica -particularmente crítica- a la que se debieron enfrentar los sectores populares.

La protesta obrera y popular de 1903-1907 fue quizás la manifestación más aguda de que en el país las cosas no marchaban bien. Y hubo muchas voces -además de las que se expresaron como huelgas y estallidos populares- que denunciaron y llamaron la atención sobre la situación que se vivía al cambiar el siglo. Recabarren, por ejemplo, saltó a la palestra con motivo del Centenario para decir que había pocos motivos para las fiestas entre los sectores populares, y el doctor Julio Valdés Cange, en agudas cartas dirigidas al Presidente de la República por estos mismos años, puso todos los puntos sobre las íes: En Chile la distancia entre ricos y pobres se hacía cada vez más insoportable.

En este contexto la cuestión social no solo se manifestó como protesta, sino que también como el más significativo esfuerzo de organización popular. Este, asentado sobre tradiciones mutualistas -en cuanto a la auto-organización- y tradiciones peonales -en cuanto a su distancia y oposición al Estado oligárquico- dio lugar a un movimiento popular con marcados rasgos de autonomía.

Por ello, quizás no deba extrañar que importantes sectores populares chilenos abrazaran el ideario anarco-sindicalista. Este, como veremos, enfatizaba en la libertad, en el anti-autoritarismo y particularmente en el protagonismo histórico de los "productores", es decir, de los propios trabajadores. Tampoco debe extrañar que los trabajadores, bajo las condiciones de un Estado liberal y financiado por las exportaciones salitreras, confiaran más en sus propias fuerzas que en la acción social del Estado, que por cierto también demandarían. Así lo revela, entre otros, el tipo de organización popular que germinó entre los trabajadores, centrándose unas veces en la organización de la solidaridad, y otras tantas en la "acción directa" para lograr la satisfacción de sus demandas.

Los movimientos sociales populares de principios de siglo tendieron rápidamente a politizarse, como producto del protagonismo que alcanzaron y de las oposiciones que encontraron en la sociedad de la época. Al hacerlo, rechazaron la política de los partidos denominados "históricos" (conservadores, liberales, radicales, etc.). Y con razón, pues estos eran mayoritariamente los partidos de la élite. Debieron, en consecuencia, avanzar en la configuración de una política propia, es decir, de una "política popular".

Esta política popular, que se abrió paso al cambiar el siglo, fue el producto de la acción organizativa, reivindicativa y de protesta que protagonizaron los propios actores sociales. Fue también el producto de diversos centros sociales y de ilustración obrera; de la constitución de una corriente al interior del partido demócrata que buscó "socializar" su política; de la nutrida actividad desplegada por la prensa obrera para denunciar las injusticias de que eran víctima los productores y proclamar los nuevos ideales sociales. Como resultado de este proceso surgieron también los primeros partidos populares.

Configurar una "política popular" no era por cierto una tarea sencilla, ya que a medida que crecía "el malestar" en el pueblo, se extendía la huelga y la protesta y crecían también las organizaciones, los problemas se hacían más complejos. En efecto, el movimiento popular al

politizarse debía avanzar en tareas que se verificaban en el campo propio (organización y educación fundamentalmente) con el objeto de autofortalecerse, pero al mismo tiempo tenían necesidad de proyectar su movimiento al conjunto de la sociedad, con el objeto de producir cambios en ella.

Y muy pronto se comprobaría que los cambios, sobre todo en el ámbito económico y social, suponían no solo hacer expresiva su protesta (la agitación social), sino que arribar también a un nuevo orden social y que ello no sería posible si las fuerzas populares no eran lo suficientemente autónomas y fuertes.

Se empezaba a constituir de este modo la cuestión principal de una estrategia y una política popular: los cambios solo son posibles si las fuerzas populares son poderosas. Este principio, en términos generales, orientó la acción social y política popular en los inicios del siglo. Por ello, su principal mérito quizás sea el haber inaugurado muchas formas para hacer política desde la base popular.

¡La cuestión social existe!

Cuando la élite se aprestaba a celebrar el Centenario de la República, la situación económica y social de los sectores populares había empeorado en tal grado que se hacía exasperante. Por esta razón Recabarren en su famoso *Ricos y pobres*, luego de describir el estado de la "última clase de la sociedad que constituye probablemente un tercio de la población del país, es decir más de un millón de personas", se preguntaba si se podía "asociar al pueblo" a los regocijos del primer centenario"[111].

El hecho más contundente, la distancia entre ricos y pobres, lo hacía notar también el doctor Julio Valdés Cange en sus *Cartas al Presidente*:

"La impresión más viva que recibe el viajero observador al estudiar nuestra organización social, es la que produce el contraste entre la jente adinerada i la clase trabajadora; porque en Chile hai solo dos clases sociales, ricos i pobres, esto es, explotadores i explotados; no existe la clase media: los que no somos ricos ni menesterosos i aparentemente formamos el estado llano, somos jente de tránsito, salida del campo de los explotados i en camino para el de los opulentos"[112].

Por su parte, el dirigente popular Alejandro Escobar Carvallo, en sus memorias reconoce también que la situación de los pobres al finalizar el siglo había empeorado. En efecto,

111 Recabarren, Luis E., "El balance del siglo: ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana". En *Estructura social de Chile*, Hernán Godoy. Edit Universitaria. Santiago, 1971.

112 Venegas, Alejandro. *Sinceridad. Chile íntimo 1910*. Edit. Universitaria, 1919. Carta décimo quinta del Dr. Julio Valdés Cange, seudónimo usado por A. Venegas para sus cartas.

Carvallo indica que en los años de la revolución del 91 la situación general del país "era relativamente próspera" y que el costo de la vida en las ciudades "sumamente bajo" a pesar de que los salarios eran también bajos. Sin embargo al finalizar el siglo, el cuadro económico y social se había modificado negativamente.

A las diversas clases y capas sociales nacionales "las distanciaba una atmósfera de incomprensión de impermeable orgullo y de retraimiento recíproco. Esta atmósfera se hacía más densa en escala descendente, hasta llegar a pesar como un manto de plomo sobre el nivel inferior de la clase obrera y campesina"[113]. Para este último nivel, el de los más pobres, según el mismo testimonio de Carvallo, la situación era ruinosa "pues en las clases bajas no existía porvenir para las nuevas generaciones".

Los artesanos, por su parte se hallaban en pleno proceso de proletarización, manteniendo "sus pequeños talleres" o incorporándose "a la maestría asalariada de las fábricas, que ya comenzaban a extender su red industriosa en la zona central del país permitiendo la formación de una vasta clase obrera industrial"[114].

Recabarren, por su parte, al realizar su balance de 100 años de vida republicana reconoce el siguiente cuadro social:

> "La clase capitalista, o burguesa, como le llamamos (que) ha hecho evidentes progresos a partir de los últimos 50 años, pero muy notablemente después de la guerra de conquista de 1879 en que la clase gobernante de Chile se anexó a la región salitrera".
>
> (...)
>
> "La última clase, como puede considerarse en la escala social, a los gañanes, jornaleros, peones de los campos, carretoneros, etc., vive hoy como vivió en 1810... En cuanto a su situación moral podríamos afirmar que en los campos permanece estacionaria y que en las ciudades se ha desmoralizado más... La última clase de la sociedad... no ha adquirido ningún progreso evidente en mi concepto digno de llamarse progreso".
>
> (...)
>
> "(La clase media) ha ganado un poco en su aspecto social y es la que vive más esclavizada al qué dirán, a la vanidad y con fervientes aspiraciones a las grandezas superfluas y al brillo falso. Debido a estas circunstancias que le han servido de alimento, esta clase ha hecho progresos en sus comodidades y vestuario, ha mejorado sus hábitos sociales, pero a costa de mil sacrificios..."[115].

Pero ¿cuáles eran los hechos concretos que fundamentaban tan negativas percepciones en Recabarren, el doctor Valdés Cange o Alejandro Escobar, sin abundar todavía en las reiteradas denuncias que se hacían desde la prensa obrera de la época?

---

113 Escobar Carvallo, A. "Chile a fines del siglo XIX", *Revista de Occidente* Nº 119, Santiago, 1959.
114 Escobar, passim.
115 Recabarren, ob. cit., passim.

La vivienda popular

Ya hemos indicado que en la segunda mitad del siglo XIX las principales ciudades del país y en particular Santiago, fueron testigos de una constante migración campesino-peonal*. En los años setenta "la ciudad crecía casi diariamente" y en los años setenta Vicuña Mackenna llamaba la atención de la opinión pública y de los concejales municipales indicando que convivían en Santiago prácticamente dos ciudades: la "ciudad propia", es decirla de la élite, y la "ciudad bárbara", es decir la popular.

El Intendente Vicuña Mackenna tomó medidas que sin duda transformaron la geografía urbana de la capital, pero no fueron capaces de conjurar el explosivo crecimiento de la capital y todas las secuelas sociales -en vivienda, salud, etc.- que este crecimiento implicaba. En efecto, hacia fines del siglo, las condiciones de la vivienda popular se habían hecho más críticas y las iniciativas políticas de parte del Estado para enfrentar esta situación eran tremendamente ineficientes y de escasa magnitud, como también lo era la acción caritativa o filantrópica, en la que todavía confiaba Vicuña Mackenna, en los años 70.

Según Eyzaguirre y Errázuriz, tanto en el campo como en la ciudad la propiedad de los trabajadores sobre sus viviendas "apenas existe". Según estos informes, en el campo como en las minas es frecuente el sistema de "vivienda en préstamo" mientras trabajan en el predio o la mina. En las ciudades, por su parte, el sistema dominante es el arriendo por mensualidades[116]. Y en el sistema de arriendo mensual, la forma de vivienda popular más extendida era el conventillo. Este surgió tanto del aglutinamiento de los viejos "ranchos" campesinos instalados ahora en la ciudad como del subarriendo de antiguas casas patricias. En este último caso, como indica Gonzalo Vial, quienes habitaron estas casas fueron víctimas de la necesidad y también de la codicia de quienes practicaban el negocio del subarriendo. Las viejas casonas de la élite -de hasta tres patios- ahora se sobrepoblaron:

> "Tres, cuatro, hasta ocho personas ocupaban una pieza. El agua que daban uno o dos pilones de aquellos patios fue ardorosamente disputada. Los servicios higiénicos -ya escasos y rudimentarios cuando solo eran empleados parsimoniosamente por los pocos habitantes primitivos de la residencia- presentaban ahora un espectáculo de pesadilla. Puertas, chapas, ventanas, vidrios, pinturas, papeles, cielos, entablados, baldosas... todo fue destruyéndose, inutilizándose, desapareciendo; cuarteándose las murallas; rompiéndose tejas, techos, desagües. Reinaban la oscuridady la fetidez. No se subsanaba ningún desperfecto. Pues comúnmente el dueño de la casona la había dado en arrendamiento a un intermediario, conociendo muy bien el objetivo de aquél y, por ende, cobrando un canon que presuponía y pagaba la destrucción paulatina, pero total. El intermediario

---

* Cfr. Cap. II.
116 Eyzaguirre y Errázuriz: *Monografía de una familia obrera*. Santiago, 1903, pag. 93.

era quien subarrendaba las piezas; naturalmente, estaba aun menos inclinado a hacer reparaciones"[117].

Junto a este tipo de conventillo surgido del subarriendo de antiguas casonas, estaba el otro tipo de conventillo surgido del alineamiento de cuartos y piezas en torno a un pasadizo o callejuela interior. Y más abajo aun, en la escala de la vivienda, estaban los "cuartos redondos", piezas subarrendadas que no daban directamente a ningún lugar abierto. Gonzalo Vial, siguiendo información de prensa, en un cálculo conservador estima que hacia 1910, cien mil personas, aproximadamente la cuarta parte de la población de Santiago, vivían en 25 mil piezas de conventillos, cuartos redondos y ranchos[118].

El conventillo que, como hemos visto en el capítulo II, atrapó a los más pobres cuando se agotaban las estrategias de subsistencia peonal, era un negocio muy rentable para sectores de la élite. Con una inversión muy baja, las rentas percibidas no solo pagaban en corto plazo las precarias construcciones o las deterioradas casas patricias subarrendadas, sino que constituían para muchos sectores una fuente estable de ingresos. Tan extrema era esta situación, que cuando se tomaron algunas iniciativas para demoler conventillos declarados insalubres, el Estado no consideró el pago de indemnización a los propietarios.

Agreguemos que en el período que nos ocupa el canon de arriendos siguó también la espiral inflacionaria. En efecto, Vial ha calculado que entre 1895 y 1910 estos experimentaron un alza de aproximadamente un 24%. Esta cifra es muy cercana a los cálculos que ofrece Recabarren para el mismo período.

El Estado, por cierto, se tomó su tiempo para enfrentar seriamente el problema de la habitación popular. El Congreso, por ejemplo, se tomó 19 años para dictar la famosa Ley de Habitación Obrera, promulgada en 1906. Esta establecía la formación de un Consejo de Habitaciones para obreros que contaba con una serie de atribuciones para demoler o declarar insalubres los conventillos, otorgaba ciertos beneficios a las "casas higiénicas", establecía algunos beneficios tributarios para la construcción y las cooperativas, etc. Aprobó también la destinación de 600 mil pesos para construcción de habitaciones obreras[119].

El Consejo de Habitaciones para obreros, que funcionó al amparo de la Ley de 1906, operaría hasta el año 1925. Y si bien en su haber hay que anotar la demolición de muchos conventillos, la reparación de otros tantos, la declaración de viviendas higiénicas de 193 cités y más de 4 mil casas, su acción en términos generales estuvo muy por debajo de la magnitud que representaba el problema de la vivienda popular. Por ejemplo, los 600 mil pesos aprobados por la ley en 1906 estaban agotándose al finalizar ese mismo año[120].

---

117 Vial, Gonzalo. *Historia de Chile*. Edit. Santillana del Pacífico. Santiago, 1981, tomo II, pag. 501.
118 Vial., ob. cit., pág. 502.
119 Vial., ob. cit., pág. 504.
120 Vial., ob. cit., pág. 503.

Tanto como producto de la acción filantrópica de particulares y de la Iglesia, y también del Estado, se construyeron las primeras poblaciones obreras. El Consejo construyó, por ejemplo, una población obrera de cien casas en el barrio San Eugenio (en 1912 se entregaron 92 de estas a sus usuarios); otras casas para obreros fueron construidas en este período por la Fundación León XIII y la Institución "Sofía Concha". Sin embargo, en conjunto estas eran soluciones tremendamente parciales: "Ante la magnitud del problema tales iniciativas eran gotas en el mar"[121]. Con razón entonces el doctor Valdés Cange era tan pesimista frente a la construcción de habitaciones para obreros. En su carta decimoquinta al Presidente Barros Luco le decía que tenía el temor de que "la cosa quede en el papel".

Por otra parte, en lo que se refiere a la habitación de obreros en el salitre, la situación no era mejor. En efecto, en este caso las construcciones siempre tuvieron un carácter provisorio y las compañías no demostraban mayor interés en invertir en este rubro. De esto modo la habitación minera típica fue la del "campamento":

"Las habitaciones que las oficinas dan a sus operarios son grandes barracas de fierro galvanizado, divididas en piezas pequeñas, en cada una de las cuales se instalan dos o tres trabajadores si son solteros, i uno solo si es casado. En algunas salitreras, que, por haber adoptado procedimientos de elaboración más perfectos, necesitan menos operarios que antes, se dan dos cuartos de habitación a los matrimonios con familia. Estas barracas, que constituyen lo que se llama campamentos, son las habitaciones más terribles que se puede imajinar: en el día el fierro se caldea con el sol que cae a plomo y refleja sus rayos en aquellas arenas abrasadas i los cuartos se convierten en hornos; en la noche la temperatura, aun en verano, baja mucho, i la habitación de obrero pasa del calor insufrible a un frío que muchas veces no le permite conciliar el sueño; diferencias de 30 grados entre el día i la noche son corrientes"[122].

Otra forma de construcción, distinta a la barraca de metal, fue la de "costra o costrón" (una tierra endurecida que se encuentra sobre el caliche). Esta forma tenía la ventaja de neutralizar los fuertes cambios de temperatura, propios del desierto chileno, pero representaba el inconveniente de que era caldo de cultivo para todo tipo de bichos y en especial la temida vinchuca, conocida por sus nocivos efectos para la salud.

La deteriorada vivienda popular, tanto en las minas, en las ciudades, como también en el campo, tenía su contraparte en las refinadas viviendas patricias, de los administradores y empleados de confianza de la mina o del patrón que visitaba por temporadas sus posesiones en el campo.

En el caso minero, el contraste estaba muy cerca, allí mismo en el campamento en las casas de la administración. Estas eran "unas veces sencillas y otras lujosas, pero siempre

---

121 Vial., ob. cit., pág. 504.
122 Venegas, ob. cit., pág. 229.

cómodas, limpias, bien tenidas por una prolija ama de llaves, con sabrosa comida y excelentes alcoholes, y en las cuales –siendo inglesas las oficinas– los empleados seguían la etiqueta imperial y se vestían con esmero para la cena"[123].

En el caso de Santiago el contraste entre el hacinado conventillo y la espaciosa mansión oligárquica no admitía comparación. Como indican Gross y De Ramón "la clase alta santiagüina habitaba casas de grandes dimensiones equivalentes a los antiguos solares de la traza primitiva de la ciudad y a veces más aun como era el caso del "palacio" Concha Cazotte, pudiendo recibir y alojar cómodamente a tres generaciones de una misma familia. Sus grandes patios aseguraban la privacidad suficiente a la familia y también permitían el aislamiento de sus individuos en sus habitaciones o en el interior de sus huertos e invernaderos; en el gran comedor podían instalarse sin problemas cincuenta o sesenta personas; en sus diversos salones, llamados según el color de su empapelado y todos ellos colmados de pesados muebles, espejos, cuadros, mesas, alfombras y lámparas, podía celebrarse grandes fiestas y todos sus numerosos invitados cabían sin problemas y aun tenían espacio para danzar los complicados bailes de la época que requerían de muchos metros por pareja"[124].

Y se podría seguir enumerando esas contrastantes diferencias que se verifican en Valparaíso, donde los ingleses contaron con cerro propio (Cerro Alegre) o en Lota, donde la esposa de Cousiño tuvo su monumental parque propio.

En ciudades como Santiago, entre el conventillo y la mansión patricia se podía distinguir también todo ese tipo de construcción intermedia, habitadas por artesanos, comerciantes, empleados, etc. Se trataba de barrios más bien grises, pobremente equipados y que en el mejor de los casos reproducían cuadros y paisajes de pueblos provincianos.

El deterioro de la salud del pueblo

Como hemos insistido, el poblamiento peonal de ciudades como Santiago, Valparaíso o Concepción fue creciente en la segunda mitad del siglo XIX. En la década del sesenta, la Municipalidad de Santiago se vio en la necesidad de administrar algún tipo de medidas al desordenado crecimiento de la ciudad. Pero el problema no era solo contar con "plan regulador", sino que mucho mayor: la ciudad tal cual se venía desarrollando era presa fácil de grandes pestes y epidemias. Por esta razón junto con los planes de la edilidad en orden a establecer algún "plan" para Santiago, hubo de crearse por estos mismos años un Consejo de Higiene, ampliar la capacidad hospitalaria, crear nuevos lazaretos, importar vacunas, etc. Con todo

[123] Vial, ob. cit., pág. 500.

[124] Gross, Patricio, De Ramón, Armando. Santiago en el periodo 1891-1918: desarrollo urbano y medio ambiente. Documento de trabajo N° 31. CIDU, Santiago, 1983.

y a pesar de las constantes denuncias de los médicos –verdaderos intelectuales orgánicos de la causa popular, algunos de ellos– y también de la acción autosostenida de los artesanos a través de mutuales, los problemas de salud pública continuaron –y el conventillo los agravó– hacia fines del siglo.

El conventillo, decimos, agravó los problemas de salud pública por el hacinamiento de la población popular que él conllevaba, pero también contribuían decididamente a empeorar los problemas los deficientes servicios sanitarios y de agua potable. Sabido es que todavía al finalizar el siglo Santiago no contaba con sistema de alcantarillado y las aguas servidas corrían a tajo abierto por las famosas acequias. Estas normalmente cruzaban por el último patio de las casas patricias y por el pasadizo central de los conventillo.

Entre las pestes y epidemias más frecuentes, al finalizar el siglo, se pueden señalar la peste bubónica –fantasma constante, aunque intermitente–; el cólera, que el año 1886 arrasó la zona central y se extendió hasta Arauco. Comprometió a más de diez mil víctimas. La viruela era por su parte endémica. Particularmente duro fue un brote de ella –según Vial– en 1905. La Sociedad Nacional de Agricultura calculó en diez mil el número de trabajadores afectados. Y si se considera el periodo que va entre 1905-1910, el número de afectados fue de 18 mil, que terminó por representar el 3% de la mortalidad general de la población en el mencionado período.

Para el mismo período, finalmente, más crueles fueron las epidemias de fiebre tifoidea, que anotó un total de 25 mil muertes. En conjunto, la bubónica, el cólera, la viruela y el tifus eran las enfermedades que mayores estragos hacían entre los más pobres, comprometiendo muchas veces también a otros estratos sociales. Entre sus causas, que más estimulaban la propagación de las epidemias, estaban las pésimas condiciones sanitarias de nuestras principales ciudades.

Como siempre suele ocurrir, los niños eran los más expuestos a la enfermedad y a la muerte. Confabulaban para ello no solo las causas sanitarias hasta aquí anotadas, sino también el deterioro general de la salud física y mental por la que en este período atravesaba la familia popular. La escasez de trabajo, el alza del costo de la vida que se hizo muy notorio en los primeros años del siglo XX, la vida en el conventillo, etc., fueron también causas suficientes para que creciera el alcoholismo, la prostitución y las enfermedades venéreas. La familia tendió también entonces a desarticularse, de tal suerte que en los años 1906-1910 el 37% de los nacimientos fueran ilegítimos y que el año 1909 superaran al 50% de los nacidos.

Así las pestes infantiles entre 1905 y 1910 alcanzaron su *peack*: el sarampión exterminó a más de 10 mil niños y adultos; el coqueluche a 14 mil; la difteria y el crup a unos 2 mil y la gripe a más de 18 mil[125].

[125] Vial., ob. cit., pág. 508.

El alcoholismo, como hemos adelantado, también creció. En los años del cambio de siglo el consumo anual por habitante alcanzaba a los 18 litros, que representaba el doble y hasta el triple de cualquier otro país. El consumo desmedido de alcohol era frecuente en los barrios populares de las ciudades, pero también en los campamentos mineros. Por ello, el Dr. Valdés Cange, indicaba que las fondas instaladas en los campamentos, que contaban con la aprobación de los administradores, era otra de las tantas formas de explotación. Algo semejante ocurría en el campo, donde era frecuente que el pago de jornales fuera acompañado de un importante consumo de alcohol, suministrado por los patrones. Pero el alcohol, como se sabe, no suele venir solo, sino que trae sus compañías. Dos de ellas quizás hayan sido las más importantes en el período que nos ocupa: el juego y el burdel. Este último era pieza obligada en los pueblos mineros del norte y se instalaba normalmente al interior del mismo conventillo en ciudades como Santiago.

Para 1916, que existe una estadística confiable, se hallaban registradas en Santiago sobre 500 prostitutas. Sin embargo, todo indica que su número era muy superior. Para algunos observadores la cifra real debe haber bordeado las 10 mil si se considera la práctica clandestina del comercio sexual[126] y si se considera también que cuando la prostitución crece en estos niveles es porque ella representa una estrategia de subsistencia para un importante sector de mujeres del pueblo.

El cambio de siglo sorprendió de este modo a los más pobres de la sociedad popular en un verdadero callejón sin salida, o como ha indicado Salazar, en la más profunda crisis la sociedad popular[127]. En efecto, en esta coyuntura, si bien la industria aglutinaba a importantes sectores laborales, la inflación depreciaba sus salarios y su capacidad de absorción de mano de obra era limitada; por otra parte, el régimen parlamentario hacía muy poco para hacer frente a la miseria que se extendía y a la inflación que golpeaba las ya precarias estrategias de subsistencia peonal. El conventillo se convirtió entonces en el último bastión para albergar a una clase popular con sus ingresos deprimidos, cuando los tenía, y su salud quebrantada por las epidemias, el juego, el alcoholismo y el hacinamiento. En este contexto era muy difícil hablar de futuro.

Es la situación de un peón que describe A. Romero en *La viuda del conventillo*; un peón que se encuentra en el final de su jornada:

> "Pintor, albañil, gañán al día. Hizo de todo y cuando el maletín de las vocaciones se quedó vacío, el pobre hombre se arrimó al conventillo, despacito y fumando, fumando pensó una porción de cosas, la vista perdida en el cielo alto y azul.
> Fidel Astudillo se daba cuenta de que no hacer nada es un trabajo duro, difícil, abrumador, máxime cuando el agraciado tiene sus debilidades, sus gustos, sus vicios –suerte

126 Vial., ob. cit., pág. 514.

127 Salazar, Gabriel. Curso de Formación de educadores populares, ECO, 1988.

> perra la de uno– gruñía el maestro Fidel, dejando correr las horas que, también como el agua de la acequia, pasaban por delante de su silla sin dejar ni el más leve rastro..."[128].

Y para colmo, inflación

En el período que nos ocupa, la dependencia de la economía chilena del mercado internacional, el salitre mediante, era causa frecuente de desequilibrios económicos. Esta fue la razón que llevó, por ejemplo, a los salitreros a "mancomunarse" (y fijar cuotas de producción, reducción de trabajadores, etc.). Pero, existían también causas que podríamos denominar internas para los periódicos desequilibrios. Una de ellas fue la supresión del patrón oro y las emisiones de "papel moneda" que permitían ajustar los negocios de la élite, favorecían la especulación (cuando había dinero abundante) y tenían como consecuencia una creciente inflación.

Es famosa la "fiebre bursátil" de 1904-1905 que llevó a la constitución de un abundante número de empresas que no tenían más respaldo que la especulación financiera y el crédito fácil. Ángel Heredia, personaje central de la novela *Casa grande* de Luis Orrego Luco logró en este tiempo vivir la ilusión de prosperidad y atender las demandas de su aristocrática esposa. Sin embargo, sin producción real y concreta, a la fiebre bursátil de 1905 le siguió muy rápidamente el derrumbe y el colapso: muchas empresas recién creadas "quebraron", se restringió el crédito y cayeron las reservas bancarias.

Según el historiador Julio C. Jobet, la fiebre bursátil de 1905 "se prestó para las más atrevidas especulaciones que causaron luego la ruina de muchas personas". El mismo autor indica a renglón seguido:

> "Sin embargo la crisis que se abre a continuación no afectó a los grandes magnates (agricultores y banqueros), pero se aprovecharon de ella para obtener nuevas emisiones que hicieron descender más el cambio, agravando la miseria de las masas por el encarecimiento continuo de la vida, especialmente de los artículos de primera necesidad para el pueblo"[129].

En este sentido, para Jobet y otros autores el alza de los precios "fue uno de los elementos más importantes en el desarrollo de la cuestión social en Chile"[130].

Destaca asimismo Jobet que el peligro inflacionario fue también comprendido en su época por el destacado político liberal de la élite, Enrique Mac-Iver, en un discurso dirigido a sus colegas en el Senado, en mayo de 1906:

128 Romero, Alberto. *La viuda del conventillo*.

129 Jobet, Julio. *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*. Edit Universitaria, Santiago, 1955, pág. 130.

130 Jobet, Julio C., ob. cit., pág. 130.

"Este estado de profunda agitación y excitación de las clases trabajadoras, esta carestía intolerable de la vida, que puede ser indiferente para los que tienen negocios en la Bolsa ¿no piensan mis honorables colegas, que pueden traer envueltas las huelgas futuras, con todas sus consecuencias? Los que estamos aquí podemos defendernos de la baja de la moneda, los que tienen ganado saben que éstos subirán de valor, los que tienen otros negocios tienen campos de donde reponerse de las perturbaciones del valor de la moneda; pero los pobres, los que están afuera, los que viven de salarios, esos no tienen medios de defensa; esos son los débiles en la lucha por la vida; esos son las víctimas..."[131].

Veamos ahora cómo se reflejaba la situación descrita en el nivel de los salarios:

"Los jornales que ganan los inquilinos y que son variables según las regalías de que gozan... en los años 1907-1908 fluctuaban de 0,20 centavos a $ 1 en moneda corriente de $10^{1/2}$ d. En cuanto a las peonadas ambulantes, "forasteros" ganaban un salario que variaba de 0,80 centavos a $ 1,60, sujeta a diversa escala (con "ración" o sin ella, a trata o al día) y según las localidades y faenas. Es así como los salarios de un real de principios del siglo XIX eran de 2 reales a mediados y de 10 reales a principios del actual; en cuanto al valor de la moneda había disminuido de 47 d. a mediados del siglo XIX, a 12 a comienzos del siglo XX"[132].

Y, en el caso de los mineros y otras zonas del país la situación era la siguiente:

"Los salarios en las minas de Tarapacá y Antofagasta eran de $ 5 a 6 en el interior y de $4 a 5 en la costa, en moneda de $10^{1/2}$ d. En las provincias de Atacama, Coquimbo y Aconcagua de $2 a 3,50 en la costa y de 2 a 4 en el interior. En las minas de carbón se pagaban hasta $ 5, 50. En Magallanes $6. En las industrias el salario medio de los hombres era de $3,80 y para las mujeres y niños de $1,80, en moneda de $10^{1/2}$ d., con una jornada de 9 a 12 horas. Si a veces pueden considerarse elevados tos salarios debe recordarse que, desde la Revolución de 1891 hasta 1908, el costo de la vida se había duplicado y el valor de la moneda había descendido a la mitad, por lo que los precios de artículos de consumo se cuadriplicaron"[133].

Pero la inflación en relación a la economía popular tuvo también otro tipo de consecuencias. Entre éstas se pueden señalar el aumento de "cuentas al fiado" en los almacenes, los "pagos semanales" para la compra de vestuario, y el más socorrido: el empeño de prendas, artículos del hogar e incluso de herramientas de trabajo en las famosas agencias de empeño.

La inflación se tradujo en estrechez, miseria, pero junto con ello entregó a los sectores populares urbanos al negocio de la usura. Al comenzar el siglo había en Santiago más de

131 Citado por Jobet en ob. cit., pág. 131.

132 Citado por Jobet del trabajo de Galdames *Los movimientos obreros en Chile*, presentado al Primer Congreso Científico celebrado en Santiago desde el 25 de diciembre de 1908 al 6 de enero de 1909.

133 Ibidem.

ochenta agencias de empeño, la mayor parte en manos de extranjeros. Muchos de ellos habitaban en el mismo local de la agencia, pero más que sus propias condiciones de vida, lo más duro del oficio eran los abusos que cometían avaluando en muy bajo precio las prendas empeñadas aplicando tasas de interés que llegaban al 120% anual.

Mediante este sistema era prácticamente inevitable que el agenciero se quedara con las prendas empeñadas. Ello movió a la opinión pública y al gobierno y se estableció entonces como norma que las prendas no recuperadas por sus dueños debían ser rematadas. El resultado no fue más feliz y así tenemos que:

"el año 1908, en Santiago, 177.524 especies empeñadas y rematadas, cuya tasación sumara aproximadamente setecientos mil pesos, dieron setecientos cincuenta mil pesos. De éstos, 93% correspondió a los agencieros, 6% a los martilleros y solo 1% a los dueños. Pero lo que efectivamente cobraron los últimos (por causa de los brevísimos plazos y engorrosos trámites para reclamar la devolución) fue todavía menos: apenas 242 pesos, 7 centavos... ¡0,032 sobre el producto de los remates!"[134].

No debe extrañar entonces, como veremos más adelante, que en la gran protesta popular en Santiago, en 1905, hayan sido asaltadas muchas casas de empeño y que se hubiese manifestado un fuerte sentimiento antiextranjero.

No sería completo el cuadro que hemos venido describiendo si no nos refiriéramos a las condiciones de trabajo en que se debían desenvolver los trabajadores chilenos en los primeros años del presente siglo.

Condiciones de trabajo, una causa frecuente de protestas

Las denuncias sobre condiciones de vida y de trabajo de los obreros chilenos estuvieron presentes prácticamente en todos los manifiestos, peticiones y quejas que se hicieron presentes a la autoridad. Tal es el caso de las "quejas" que hicieron presentes diversos delegados obreros al Intendente de Iquique y a un Ministro que se encontraba de visita en la ciudad, en marzo de 1904.

Reunidos con la autoridad, según informa *El Pueblo* de Iquique, luego de los saludos de rigor, el Ministro preguntó a los delegados sobre sus nombres, procedencias, cantón, oficio, etc., manifestando el interés del gobierno por "tomar contacto directo con los obreros".

Los delegados obreros fueron tomando la palabra y exponiendo sus quejas. Manuel Montenegro explicó, "que el trabajo era rudo porque se trabajaba a todo sol de la mañana a la tarde en la extracción del caliche, con un diario de $1,50... Que por la carretada de caliche

134 Vial., ob. cit., pág. 531.

se paga al operario también $ 1,50, pero que a veces se les hace botar algunas carretadas a pretexto de ser de escasa ley y que después es recogido y echado a los cachuchos para su beneficio. Que muchas veces los operarios hacen acopios de buena o regular ley, y cuando ese acopio ya está hecho, se les rebaja el precio por carretada, sin ninguna forma de aviso...".

Otro delegado, de apellido Barrios, expuso "que allí no existe el libre comercio, que se cobra contribución por las verduras, de parte de los jefes de oficina; que se persigue a los comerciantes impidiéndoles el acceso a los campamentos y que se toma y quita por contrabando cualquier compra de comestible hecha fuera de la pulpería".

El delegado Álvarez, por su parte, indicó "que los correos son deficientes, que se viola la correspondencia y se intercepta la circulación de impresos. Que se cobra un peso de contribución para médico y botica por cada persona, formándose con esto grandes cantidades y que ese dinero debe darse a la Beneficencia, por cuanto ningún enfermo se medicina en las oficinas sino en el Hospital de Iquique... Que las habitaciones para los operarios son inmundas, malsanas y enfermizas..."

Finalmente, el delegado Ponce hizo presente lo rudo del trabajo que no se corresponde con el mezquino salario "por cuanto el trabajador en las máquinas hace su servicio a un calor de 125 grados; en la pampa a todo viento y sol, y que los primeros no pueden resistir a tan rudo trabajo más de dos años y que un cargador se inutiliza en un año, y que se impone la necesidad de velar, de parte del Gobierno, con respecto a la falta de garantías, la desigualdad y los abusos que existen entre el capital y el trabajo"[135].

Y así continuaron las quejas relativas a salarios, seguridad industrial, multas indebidas, ineficacia del sistema escolar y de salud, ausencia de libertad de comercio y abuso con las fichas, etc. Estas demandas ya veremos se repitieron una y otra vez en la pampa, hasta que fueron acalladas temporalmente en la Escuela de Santa María en 1907.

En una mirada más general a las condiciones de trabajo de los asalariados en Chile en esta época se puede decir que no existía ningún tipo de previsión social, salvo la que se proveían los propios trabajdores a través de sus sociedades mutuales y otro tipo de organizaciones. No hubo tampoco, sino hasta 1916, ninguna legislación sobre accidentes del trabajo. Tampoco se había legislado sobre la duración de la jornada de trabajo, que podía fluctuar entre 9 y 12 horas diarias e incluso aun más. Y el trabajo de niños y mujeres carecía de todo tipo de reglamentación, a pesar de que en conjunto representaban alrededor del 30% de la fuerza de trabajo. En fin, como es sabido, en Chile se careció hasta 1924 de todo tipo de legislación que regulara las relaciones capital-trabajo. Recién este año se dictaron las primeras leyes laborales que fueron ampliadas y refundidas luego en el Código del Trabajo en 1930.

El resultado de esta situación fue claro en las primeras décadas del siglo: el trabajo se encontró en una evidente desventaja y desprotección respecto del capital. A los trabajadores,

135 *El Pueblo* de Iquique. 17 marzo 1904.

en consecuencia, no les quedó más camino que demandar al Estado, pero más que eso, extender sus propias organizaciones -que resolvían algunos de sus problemas previsionales, de salud e incluso de educación- y, enfatizar, por otra parte, en la confrontación con sus patrones para obtener un mímino de justicia.

La protesta popular: La otra cara de la cuestión social

"Conoció el malestar la Comisión i vio el principio de perturbación ¡Bueno! Cuando la autoridad constata esas existencias! Esto prueba que la miseria existe entonces, i, como un efecto surge ese principio de perturbación.
¿Queréis llamar también solo principio de perturbación a la veintena de huelgas ya producidas?
Si la autoridad no ha negado del todo la cuestión social y lo reduce solo a principios de perturbación, es porque en ellos se recuerda haber asesinado al pueblo muchas veces"

Diario Jerminal, Stgo. 28 de abril de 1904.

La cuestión social, al cambiar el siglo, tuvo a nuestro juicio una doble manifestación: por una parte volvió cada vez más opresivas las condiciones de vida popular, como ya hemos visto en las páginas recientes. Pero, por otra parte, se manifestó como protesta contra el orden social y político existente.

Los obreros y los artesanos, en la medida que habían avanzado más en organización y extensión, estuvieron a la vanguardia. Pero cada manifestación significativa de ellos -aquellas que trascendieron regional o nacionalmente- estuvo acompañada por la presencia masiva de los más pobres. En este sentido, la protesta social de principios de siglo no fue solo obrera o artesanal. Más que eso, fue popular.

Valparaíso 1903: La huelga marítima

Llegaba al día 15 el mes de abril de 1903 cuando muchos porteños se enteraban por la prensa del inicio de una huelga de gente de mar. Se trataba de los trabajadores encargados de las tareas de carga y descarga de la Compañía Inglesa de Vapores (Pacific Stean Navegation Company).

Los huelguistas según *El Mercurio de Valparaíso* reclamaban, inicialmente, una modificación en los horarios de trabajo que hasta ese momento era de seis de la mañana a seis de la tarde.

"Piden los operarios que las horas de trabajo sean en la época de invierno de siete de la mañana a cinco de la tarde, dejándoles el tiempo que en la actualidad se les concede para el desayuno de ocho y media a nueve, y para el almuerzo de una a dos"[136].

Reclamaban también los estibadores de la Compañía Inglesa un alza de sus salarios, que habitualmente eran alrededor de un 10% más alto que el de sus homólogos de la Compañía SudAmericana de Vapores. Los trabajadores buscaron sacar ventaja de la tradicional voluntad de la Compañía Inglesa de pagar un poco mejor que su rival, la SudAmericana[137]. Y, por cierto que sus salarios se habían venido depreciando como producto del alza del costo de la vida.

El gerente de la Compañía Inglesa, J. W. Sharpe, se negó terminantemente a considerar las demandas de los estibadores y amenazó además a los huelguistas con el envío de "nuevas cuadrillas de trabajadores que ya tenía contratados".

Considerando la actitud hostil de Sharpe, los trabajadores se entrevistaron, la misma mañana del día 15, con el Director del Territorio Marítimo, contraalmirante Arturo Fernández Vial. Éste, que era además presidente honorario de varias sociedades obreras, les "prometió ayudarlos y ver modo de arreglar las dificultades pendientes"[138]. El número de trabajadores comprometidos en la huelga, en esos momentos, alcanzaba a unos 600.

Dos días después de declarado el movimiento, los trabajadores dirigieron una nota a Sharpe en la que hacían presentes nuevamente sus demandas y su decisión de someter sus diferencias a un arbitraje:

"...los abajo suscritos tenemos el honor de poner a vuestra deliberación los siguientes acuerdos tomados por los estibadores y jornaleros ocupados en la carga y descarga de los vapores y buques que recalan en este puerto:

1º Al jefe del territorio marítimo, don Arturo Fernández Vial, nombrándolo como árbitro nuestro, la que fue aceptada por más de 200, que era el número de la reunión.

2º Pasar una circular a la Compañía de Vapores y a las casas consignatarias de buques y a la Cámara de Comercio de este puerto, como igualmente a la gobernación marítima y a la Intendencia de la provincia.

3º Que el tiempo de trabajo sea de 7 A.M. a 5 P.M., siendo este tiempo permanente, con una hora de comida de 11 a 12 o de 12 a 1 P.M.

En caso de ocuparnos después de la hora antes dicha será un trabajo extra; su valor por horas de cincuenta centavos en mercaderías y de sesenta centavos en metales y carbón.

4º En ningún caso podrá haber medios días ni tres cuartos de días.

5º El trabajo por días será por mercaderías de $4, por carbón y metales $5; días festivos según declarados por Lei de la República tendrá un recargo del 25%[139].

[136] *El Mercurio de Valparaíso*, 15 de abril de 1903.
[137] De Shazo, Peter. "The Valparaíso Maritime Syrike of 1903 and the development of a Revolucionary Labor Movement in Chile", en *Journal of Latin America Studies*, Cambridge University.
[138] *El Mercurio de Valparaíso*, 15 de abril 1903.
[139] *El Mercurio de Valparaíso*, 17 de abril 1903.

La respuesta se Sharpe a la nota de los estibadores en huelga fue del todo negativa. Argumentó que los sueldos por ellos recibidos eran lo suficientemente altos, que con los sobretiempos estos alcanzaban a $45 e incluso a $ 5 y que la Compañía podría prescindir de sus servicios:

"Pero como parece que un número considerable de las personas que Uds. representan no están dispuestos a trabajar con dicho sueldo por considerarlo muy arduo y mal remunerado, debo decirles que creo no habrá inconvenientes de parte de la Compañía en encontrar otros medios de efectuar las operaciones sin la concurrencia de sus representados"[140].

El contraalmirante Fernández Vial, por su parte, intentó persuadir a la Compañía para que llegará a algún acuerdo con los trabajadores, pero no obtuvo ningún resultado positivo. A él le parecía que "las demandas obreras eran justificadas en vista de las presentes necesidades de la clase obrera, la cual tiene hoi mayores exigencias que antes... Actualmente... todo cuesta más caro, la ropa, los víveres, la casa, etc. (declaró a *El Mercurio*)..."[141]. Pronto tales declaraciones de simpatía con el movimiento de estibadores, así como sus iniciativas para favorecerlos, le costaría su puesto en la Armada.

El día 18 de abril los estibadores de la Compañía Inglesa solicitaron al gremio de los lancheros que apoyaran su movimiento y ese mismo día además se plegaban a la huelga los estibadores de la Compañía Sudamericana de Vapores. Los lancheros lo harían a partir del lunes 20 junto a los jornaleros de Aduana.

Y cada gremio que se incorporaba al movimiento lo hacía ya no solo en solidaridad con los estibadores de la Compañía Inglesa, sino haciendo presente sus propias demandas. Tal fue el caso, por ejemplo, de los jornaleros de Aduana que se dirigieron a las autoridades de la provincia en los siguientes términos:

"Dado el escaso jornal que se nos asigna, y la carestía de todos los artículos de vida, nuestra situación es de miseria, teniendo apenas lo suficiente para comer. Vuestras señorías saben que aun cuando el valor nominal de la moneda es siempre el mismo, su valor efectivo es casi un tercio menor al que legítimamente le correspondía. De aquí que no es el número de pesos que debe considerarse, sino su capacidad para adquirir los alimentos o servir las necesidades de nuestros hogares. Con el objeto de que se nos oiga y se nos atienda en nuestras peticiones, hacemos el amargo sacrificio de paralizar nuestro trabajo, ya que ni la lei ni las autoridades judiciales o de gobierno han dictado prescripciones en resguardo o protección del desválido..."[142].

E indican luego sus demandas que pueden resumirse en: aumento de tarifas, anticipos de jornales por mercaderías no desembarcadas, "matrícula" como medida de moralidad;

[140] *El Mercurio de Valparaíso*, 17 de abril 1903.
[141] *El Mercurio de Valparaíso*, 18 de abril 1903.
[142] *El Mercurio*, 20 de abril 1903.

elección de los capataces y que estos no sean designados por los contratistas, que los pagos se los hagan directamente los funcionarios y no los capataces, y lo que como norma incluye todo movimiento huelguístico al finalizar su petitorio: "que no se suspenda a ningún trabajador por haber participado en la huelga".

El día 20, cuando ya diversos gremios se habían declarado en huelga, la actividad normal del puerto prácticamente cesó. Como indica De Shazo, la mayoría de los tripulantes que se encontraban a bordo de los barcos de las Compañías los abandonaron y se dirigieron a Valparaíso para sumarse al movimiento; ninguna carga fue movida a través de la Casa de Aduana porque los contratistas no podían encontrar a nadie que reemplazara a los aduaneros en paro; la mayoría de los barcos permanecieron cargados en la bahía con sus cargamentos de perecibles descomponiéndose, ya que los lancheros tampoco trabajaban[143]. A estas alturas, el número de huelguistas llegaba a unos cuatro mil.

Los diversos gremios comprometidos en la huelga intentaron constituir un frente unido de tal forma de solidarizarse en sus peticiones y no volver al trabajo mientras no se resolviera globalmente el conflicto. La iniciativa provenía de las "sociedades de resistencia" de orientación anarquista que se habían activado al calor de la huelga. El pacto no prosperó por diversas razones; entre otras, porque los trabajadores pertenecientes a sociedades mutualistas se mostraron desconfiados de los anarquistas. Hubo críticas a Magno Espinoza, presidente de la Sociedad de Empleados de Vapores, que era partidario de conducir la huelga de un modo más activo. Pesó, sin embargo, también para que no se firmara el acuerdo, la negativa de los lancheros. Estos no fueron partidarios de la iniciativa por cuanto tenían posibilidades de negociar por separado con sus empleadores.

En el intertanto, el contraalmirante Fernández Vial, con fecha 22 de abril, era destituido de su cargo y transferido a la División de Evoluciones de la Armada. Ello era, por cierto, una suerte de sanción que le imponía el jefe de la Armada, Almirante Jorge Montt. Este último, en realidad, falló en favor de las Compañías y la prensa afín a los empleadores a quienes Fernádez Vial no les simpatizaba.

Cuando ya el movimiento se prolongaba por más de una semana, tanto los estibadores como los lancheros alcanzaban acuerdos con algunos empresarios. Sin embargo, el conflicto con las grandes Compañías no tenía visos de solución. La actividad comercial, por su parte, ya sentía los efectos de la paralización del puerto:

> "El comercio sufre considerablemente con este estado de cosas –comentaba *El Mercurio*–; sabemos de varias casas comerciales que han dado orden que sus mercaderías se desembarquen en Talcahuano y sean traídas por tierra a Valparaíso. La fábrica de cervezas Valdivia ha paralizado los trabajos a causa que no ha podido desembarcar los barriles que tiene a bordo de los vapores surtos en la bahía"[144].

143 De Shazo, ob. cit., pág. 149.

144 *El Mercurio de Valparaíso*, 24 de abril de 1903.

Así como Fernández Vial manifestó sus simpatías por el movimiento de los trabajadores marítimos, entre algunos funcionarios de aduanas existían también opiniones favorables a los trabajadores en paro. Tal es el caso de un alto funcionario que, a pesar de manifestar no estar de acuerdo con las peticiones de alza de salarios de los jornaleros, sí coincidía con ellos en sus críticas a los capataces:

> "...estos explotan a los operarios. Tienen los capataces cantinas y despachos en los cuales obligan a los trabajadores a consumir licores y provisiones, y al fin de semana les descuentan el valor de lo consumido. El que no se aviene a hacerse cliente de la cantina o despacho, con cualquier pretexto es despedido de su ocupación"[145].

Los contratistas, sin embargo, rechazaban toda alza de salarios en favor de los jornaleros, argumentando que ello suponía modificar los contratos establecidos con el Fisco. Las autoridades marítimas y de Gobierno, por su parte, mantenían una actitud ambivalente frente al movimiento. Por una parte se mostraban proclives al arbitraje; pero por otra, favorecían la estrategia de los empleadores tendiente a quebrar el movimiento mediante el recurso de los rompe-huelga.

El día 26, el gobernador marítimo Francisco Sánchez propuso realizar en su despacho una reunión con todos los gremios en huelga, con el objeto de nombrar una persona "que sirviendo de árbitro o intermediario, se acercase a todos los patrones y en unión con ellos solucionase las dificultades pendientes"[146]. Es decir, lo mismo que habían propuesto los estibadores al iniciarse el conflicto.

Los gremios por cierto aceptaron la proposición de Sánchez e insistieron en el nombre de Fernández Vial. El gobernador les manifestó que su nombre "no era grato a los patrones". Aun así los estibadores insistieron en él mientras que los empleados de vapores propusieron el nombre de Ángel Guarello, diputado demócrata por la provincia.

La gestión de Francisco Sánchez y el diputado Guarello correría la misma suerte que la que antes había corrido la de Fernández Vial. Las Compañías se negaban a negociar con los trabajadores en huelga y menos aun a someterse a un comité arbitral.

En esta ocasión Sharpe declaró respecto del arbitraje, "que no lo había pensado ni es probable que tome resolución alguna pues asuntos más importantes ocupan su tiempo" y que los vapores con mayor o menor carga saldrían del puerto. Horacio Lyon, gerente de la Sudamericana de Vapores, en la misma línea de Sharpe, declaró:

> "...el directorio de la Compañía es el único llamado a resolver si se acepta o no al delegado de los huelguistas... su opinión era que no había para qué tratar con él y tenía conocimiento que este era también el espíritu de los miembros que componían el directorio"[147].

145 *El Mercurio de Valparaíso*, 25 de abril 1903.

146 Ibidem.

147 *El Mercurio de Valparaíso*, 27 de abril 1903.

La estrategia de los empleadores apuntaba en realidad básicamente a quebrar el movimiento. Por una parte se negaban a todo tipo de negociación desestimando las iniciativas de las autoridades marítimas y de Gobierno, como también la intervención del demócrata A. Guarello. Por otra parte, habían logrado ir reclutando trabajadores (rompe-huelgas) entre los desempleados y trasladando también personal de otros puertos del país. La Casa de Aduana, en la misma lógica, restableció su funcionamiento el día 27 con 100 trabajadores que ingresaron al recinto protegidos por fuerzas de la policía. Las autoridades marítimas, por su parte ayudaron a las Compañías permitiendo que se embarcaran con un número de tripulantes menor al establecido por la ley[148].

Ante tales iniciativas de los contratistas los trabajadores trataron de impedir que los rompe-huelgas ingresaran a la Casa de Aduana el día 27. Se produjeron así los primeros enfrentamientos entre los huelguistas y la policía, aunque sin mayores consecuencias.

Al finalizar abril, la estrategia de los empleadores ganaba sus puntos: la actividad del puerto comenzaba a reactivarse mientras que la moral de los huelguistas decaía.

Evaluando esta situación, los anarquistas buscaron reactivar al movimiento. Para ello convocaron a un mitin que se llevó a efecto al atardecer del día lunes 4 de mayo. En el mitin hicieron uso de la palabra diversos dirigentes. Sin embargo, lo más destacado fueron las palabras pronunciadas por Magno Espinoza: Este, buscando revertir las vacilaciones y reveses por los que atravesaba el movimiento huelguístico, arengó de este modo a los manifestantes:

> "No debemos trepidar un momento... antes que rendimos a los patrones debemos preferir que nuestros pechos sean atravesados por las bayonetas; y en los momentos que estemos en la agonía, gustaremos del placer de ver cómo arden los edificios de nuestros tiranos y cómo se arremolina el agua al hundirse los vapores de esas compañías que hoi nos oprimen"[149].

Al mitin le siguió una marcha por el centro de Valparaíso, seguidos muy de cerca por la policía.

El gremio de los tripulantes de vapores, que dirigía el anarquista Magno Espinoza, hizo todo tipo de esfuerzos por mantener en alto el movimiento, recorriendo el puerto e insistiéndoles a los trabajadores de lo desastroso que significaría desistir antes de tiempo. Presionaron también a las Compañías insistiendo para que se les pagara los salarios que se les adeudaba del último viaje, antes de abandonar los barcos.

Ante esta presión de los tripulantes, el Intendente y el gobernador marítimo se reunieron con los gerentes de las compañías el día 7 de mayo. El gobernador marítimo expuso que no aceptaría la salida de nuevos vapores con gente sin matrícula. Se convino, además, en

148 De Shazo, ob. cit., pág. 150.
149 *El Heraldo de Valparaíso*, 5 de mayo 1903.

pagar los salarios adeudados a los tripulantes. Sin embargo, la cuestión del arbitraje quedó pendiente. Los gerentes, por su parte, pidieron un mayor refuerzo policial para los rompe-huelgas.

La negativa de los patrones se basaba en el hecho de que efectivamente hasta ese momentó su estrategia parecía validarse. La huelga estaba virtualmente quebrada. Sin embargo, los ánimos de los huelguistas -el de los tripulantes sobre todo- era aun de combate.

Ángel Guarello, preocupado por la situación, que se volvía cada vez más tensa, telegrafió al presidente de su partido a Santiago:

> "Valparaíso, mayo 9 de 1903. Señor Malaquías Concha. Santiago: Reclame urgente Ministro del Interior y Marina de parcialidad autoridades superiores de la Armada en favor compañía de vapores, permitiendo embarque de jente y salidas de naves con infracción abierta de reglamentos matrícula y lei de navegación y de reclutas y de reemplazos. Pida ministro ordene esas autoridades cumplir estrictamente al respecto esos reglamentos y leyes. Gobernador marítimo me dijo que quebrantaba reglamentos por causa huelga; pero si gobierno ordenaba cumplir estrictamente disposiciones legales, lo haría.
> Igualmente pido cese intervención fuerza pública a bordo vapores que detiene tripulantes impidiéndoles bajada a tierra. Conducta autoridades está así, exasperando ánimos, precipitando peligrosísima situación que amenaza Valparaíso.
> Almirante Fernández y yo hemos obtenido hasta este momento tranquilidad ejemplar de huelguistas y resolución de entregar sus reclamos al fallo arbitral en la inteligencia que aceptando arbitraje, volverán todos a sus faenas, acatando desde luego resolución arbitral posterior cualquiera que sea.
> Patrones resisten arbitraje ante Intendente y vecinos caracterizados, manteniendo situación que, debido a los actos de autoridad que denuncio, toman graves caracteres que no se pueden prever.
> Urje resolución inmediata y venida ministro marina y del de hacienda. Ángel Guarello...[150].

Mientras en los gremios la situación se hacía insostenible y se discutía, seguramente, dar un giro a la huelga para pasar a "la acción directa", las autoridades se mostraron confiadas en que el paro no pasaría a mayores. El almirante Montt abandonó el puerto para participar en maniobras en alta mar y el Intendente, si bien reforzó la actividad policial en los muelles, no movilizó tropas ni solicitó apoyo al gobierno central. También la percepción en Santiago era de debilidad del movimiento. Así en el Ministerio del Interior se comentó en estos días que la huelga "era cosa de muchachos".

El día domingo 10 se realizaron en la avenida Brasil dos mítines; el primero al mediodía convocó a estibadores, lancheros y jornaleros de Aduana. El segundo, a eso de las 14 horas,

150 *El Mercurio de Valparaíso*.

reunió a los tripulantes de vapores encabezados por Magno Espinoza. Estos últimos realizaron colectas en el acto para reunir fondos para la huelga. Las sociedades mutuales ya habían autorizado giros en sus cuentas con el mismo fin. El mitin de los estibadores, lancheros y jornaleros acordó enviar una nota al Intendente en la que insistió en el arbitraje como medio de solución del conflicto:

1° Los lancheros, estibadores y jornaleros de la aduana solicitan del primer magistrado de la provincia que recabe del Supremo Gobierno el nombramiento de una comisión que se aboque el conocimiento de nuestro litigio con los armadores.

2° Siempre declinamos nuestros poderes en los árbitros ya nombrados.

3° Que esta situación por lo demás insostenible por la mala voluntad de los armadores y jerentes de lanchas para que se arreglen nuestros reclamos con los presidentes de los gremios en huelga, sin perjuicio que se encuentren presentes dos personas pudientes, para que sean testigos oculares, para arribar a algún arreglo equitativo.

4° Poner en conocimiento del Intendente que se nos ha estado atropellando en nuestros derechos por individuos ajenos al desempeño del trabajo de bahía, infrinjiendo los artículos 1, 5, 10 y 2 transitorios del reglamento de jente de mar"[151].

La nota resultante del mitin del día 10 constituyó, en verdad, el último intento de los gremios para arreglar el conflicto por medios pacíficos. Como había indicado horas antes Ángel Guarello en su comunicación con Malaquías Concha: "La conducta de las autoridades" estaba ya "exasperando los ánimos". Y esta fue la salida que inexorablemnete se fue imponiendo.

En efecto, el día 11, los dirigentes –presidente y secretarios– del gremio de lancheros y estibadores dirigieron una nota tremendamente sugestiva al Intendente José Bravo. La nota de los lancheros decía:

"A V/S respetuosamente expongo que en vista de los grandes inconvenientes que hasta la fecha no nos han permitido llegar a un arreglo equitativo con los señores dueños de lanchas y siéndome completamente imposible mantener por más tiempo al gremio que presido en la situación en que ha estado, para salvar toda responsabilidad, desde hoi 11 del presente, me dirigiré en compañía de mi directorio general a nuestras respectivas casas, en las cuales permaneceremos encerrados hasta que V/S lo crea conveniente.

Agotados todos nuestros esfuerzos, desde hoy a las 8 A.M. en adelante cesa toda nuestra responsabilidad.

En caso de que V/S necesitare mi presencia para guardar el orden público, puede hacerlo enviando una nota a mi domicilio. Cerro Bellavista, calle Poniente, número 280. En caso que así lo deseare puede enviar a mi domicilio un caballo ensillado para recorrer la población llamando a los gremios al orden"[152].

Firman Flavian Gaete, presidente, y Roberto Melville, secretario

[151] *El Chileno* de Santiago. 13 de mayo 1903.
[152] *El Chileno* de Santiago, 13 de mayo 1903.

Como ya dijimos, los estibadores enviaron una comunicación idéntica a la transcrita al Intendente Bravo. La nota es sugestiva porque una primera lectura revela simplemente que los dirigentes preveían ser superados por sus bases y los acontecimientos en las horas siguientes. Con esta nota salvaban su responsabilidad.

Otra lectura, sin embargo, podría sugerir que los dirigentes siendo parte del giro que tomaría la huelga el día 12, simplemente buscaban ponerse a cubierto y de paso ejercer presión sobre el Intendente para que arbitrara alguna medida efectiva en relación a la huelga.

El Intendente, confiado en sus propias fuerzas incapaz de prever el curso de los acontecimientos, respondió a los dirigentes indicando "que tenia suficiente tropa y contaba, además, con la marinería en caso de cualquier asonada que pretendieran dar"[153].

12 de mayo: El día de la "acción directa"

No aclaraba todavía el día 12 cuando numerosos huelguistas comenzaron a arribar en gran número al Muelle Prat y al malecón. Sus propósitos eran claros: impedir que abordaran las lanchas los trabajadores rompehuelga contratados por las Compañías.

Las primeras lanchas que atracaron en el muelle fueron recibidas por los trabajadores en medio de grandes rechiflas y sin realizar grandes esfuerzos, los operarios de chatas y diques se negaron a embarcarse. Quedaron de este modo, en los hechos, incorporados al movimiento.

La policía, por su parte demoró en reaccionar. Solo como a las seis de la madrugada se puso en movimiento y se distribuyeron en piquetes de guardias montados con el objeto de "prevenir nuevos desórdenes". Con todo, los huelguistas se habían anotado ya una primera victoria: la actividad en el puerto quedó completamente paralizada a primeras horas de la mañana.

Horas más tarde, a eso de las 10 de la mañana, las calles presentaban –según *El Chileno*– un aspecto "animadísimo" colmadas de huelguistas que entraban y salían de los bares y que escuchaban y aplaudían a improvisados oradores. Gentes venidas de los cerros y arrabales se fueron también incorporando a la multitud que se fue congregando sobre todo en las plazas Sotomayor y Echaurren.

En esta última, se vivía un estado de mitin permanente. La policía observaba de cerca, pero hasta ahora no intervenía.

Existen diversas versiones acerca del primer enfrentamiento y las circunstancias en que cayó la primera víctima. La versión de *El Chileno* parece en todo caso aproximarse más a la realidad. Según este periódico, a media mañana, cuando la Plaza Echaurren se encontraba

[153] *El Chileno* de Santiago, 13 de mayo 1903.

con numeroso público, el conductor del carro Nº 42 quiso pasar a toda costa lanzando su vehículo en contra de un grupo de estibadores. Estos reaccionaron y quitaron los caballos del carro, golpearon al cochero y se apoderaron del dinero que la cobradora llevaba encima.

Ante tales acontecimientos la policía intervino y cargó sobre los que se habían agrupado en torno del carro. Estos últimos repelieron el ataque policial a pedradas. Uno de los proyectiles hirió en el pecho al subinspector de la 2ª Comisaría, Washington Salvo. Este sacó entonces su revólver y disparó sobre un grupo hiriendo y dando muerte en el acto a Manuel Salazar**

El pueblo se indignó, rodeó el cadáver y el practicante del Hospital San Juan de Dios, Alberto Rojas, que se encontraba en el lugar extrajo la bala de la víctima y se la pasó a los huelguistas. Estos levantaron el cuerpo de Salazar y a grito de ¡A la Intendencia! y ¡Que se haga justicia! lo trasladaron por las calles en dirección a la sede de gobierno regional.

El número de manifestantes seguía creciendo y este suceso sin duda que concentró más adherentes al movimiento. Unas diez mil personas ocupaban el plano del puerto cuando se aproximaba el mediodía.

La multitud gritaba para que se hiciera justicia mientras que en las puertas de la Intendencia se formó una Comisión para parlamentar con el Intendente Bravo. Personas del Comité de Huelga formaron parte de esta Comisión y le insistieron a la autoridad que controlara a la policía. Que si esto no ocurría el pueblo se vería en la obligación de responder a los ataques de ésta. El Intendente les respondió "en forma inconveniente" –según *El Chileno*– indicando que "al menor asomo de revuelta pediría auxilio a Santiago".

Se dirigió luego el Intendente Bravo a la multitud llamándolos a la calma y a la cordura apelando a los sentimientos patrióticos. La multitud le respondió con una gran rechifla y tomando nuevamente el cadáver de Salazar lo trasladaron hasta su domicilio "en medio de grandes aclamaciones".

La policía, en un número aproximado de 200, recibió órdenes de impedir que los huelguistas permanecieran en las calles; 600 marinos fueron desembarcados para proteger los muelles y 50 lanceros fueron llamados desde Viña del Mar.

Vanas resultaron todas estas medidas si se considera la magnitud de la multitud y el giro que tomaban los acontecimientos: Pasado el mediodía los huelguistas comenzaron a recuperar los muelles y a reunirse en el malecón y en torno a las oficinas de la Compañía SudAmericana de Vapores.

Y lo que solo había sido un discurso incendiario de Magno Espinoza días atrás, ahora se traduciría en hechos concretos y tangibles. Tal cual, se corrió la voz de incendio entre los

** Una versión distinta a la que exponemos entregó *El Diario Ilustrado* del día 13 de mayo. Según este medio de prensa, un huelguista de apellido Barraigoa habría tomado las riendas del caballo de Salvo ordenándole que impidiera la carga de la policía. Salvo, lejos de entender esta petición, sacó su revolver y le disparó, muriendo Barraigoa instantáneamente.

manifestantes y la gente del malecón "entró grandes brazadas de viruta y madera y se hicieron grandes fogatas" en ambos extremos de la Compañía SudAmericana. Pronto, las oficinas de la odiada Compañía ardieron por los cuatro costados. Como indica *El Diario Ilustrado*, hecha las primeras fogatas, "la gran llama roja como los gorros frigios chisporroteó en breve sobre los mostradores y las mamparas"[154].

Según el relato de *El Chileno* simplemente "una masa enorme de gente, atropellando a la guardia se dirigió a las oficinas de la SudAmericana de Vapores, donde rompió las puertas, despedazó los libros y prendió fuego al edificio"[155].

La policía y la marina fueron impotentes frente a la multitud. También los bomberos, que si bien arribaron al sitio del suceso, se les impidió que accionaran sus mangueras. También fueron impotentes las autoridades que asistieron en pleno al incendio. El jefe de policía se paseó por entre la multitud sin lograr nada. El diputado Plummer –al que acompañaban el Intendente y otras personalidades– se dirigió a la multitud y les dijo:

"prometemos solemnemente al pueblo, todos nosotros, arreglar dentro de una hora de plazo, sus dificultades: pero por la patria, por la libertad, deténganse un momento".

Un inmenso griterío fue parte de la respuesta de la gente y también un:

"Es tarde, es tarde ya para engañar al pueblo... "[156].

Al incendio de las oficinas de la Compañía SudAmericana le siguió luego el incendio y saqueo del malecón. Allí se había concentrado una gran cantidad de diversas mercaderías, como producto de la prolongada paralización del puerto.

Los testimonios en torno a los sucesos en el malecón difieren en la prensa. Sin embargo, la versión predominante es que el incendio y el saqueo fueron prácticamente un solo acto. Y los marinos más que detener a los incendiarios, se habrían unido a ellos"[157].

"A las tres de la tarde comenzó el saqueo de la mercadería depositada en el malecón. Grupos de individuos acarreaban la mercadería extraída de los cajones y bultos abiertos; veíanse unos con botellas, jergones, géneros, etc... cuando ya no quedaba qué robar, prendieron fuego a los restos que comenzaron a arder en poco tiempo.
El fuego abarcó bien pronto toda la parte del malecón comprendida entre la estación de Bellavista y la calle de Jayme (unas ocho cuadras) que fue una gran hoguera.
Mucha parte de la mercadería fue así robada y el resto ha seguido ardiendo, sin que las bombas puedan apagarlas, pues los huelguistas impiden su trabajo"[158].

Según *El Chileno* el pueblo "saqueó y destruyó las enormes cantidades de mercaderías acumuladas en el malecón por la paralización de los trabajos en la bahía" y en un momento

154 *El Diario Ilustrado*, Santiago, 14 de mayo 1903.
155 *El Chileno*, Santiago, 13 de mayo 1903.
156 *El Diario Ilustrado*, Santiago 14 de mayo de 1903.
157 De Shazo, ob. cit., pág. 152.
158 *El Diario Ilustrado*, Santiago 14 de mayo 1903.

"ardieron más de siete cuadras de mercaderías, afectando la mayor pérdida a la Casa Saavedra Benard y Cía., que tenía aglomeradas por el valor de 150 mil pesos"[159]. Y, uno de sus dueños, Cornelio Saavedra, enterado por el telégrafo, se dirigiría muy rápido en Santiago a La Moneda para exigir al gobierno que "protegiera al comercio".

La marinería fue recibida en términos generales con gran simpatía por los huelguistas. En distintos lugares se les avivaba y según protestaría después la élite, los marinos "en vez de resguardar el orden, la propiedad y la vida de los habitantes de la ciudad... se paseó inerme entre el pueblo revuelto"[160].

La protesta a esta hora de la tarde –a las 15 y 16 horas aproximadamente– alcanzaba su peack: los manifestantes se dirigieron entonces hacia las oficinas del diario *El Mercurio*, que se había mostrado partidario de las compañías navieras. Alcanzaron a derribar las primeras puertas y copar el primer patio. Sin embargo, su gerente se había precavido y armado a su personal con rifles de repetición. Hicieron fuego y cayeron siete trabajadores. Los manifestantes entonces se replegaron ante el fuego de que eran víctimas y ante el arribo de los marinos con los cuales evitaban enfrentarse.

El Mercurio ponía a esta hora del día el mayor número de víctimas y la agitación popular no fue, aun así, controlada. Más bien continuó todavía en aumento. Ya eran muchos sectores los que se confundían con los huelguistas, particularmente todos aquellos más pobres que bajaron de los cerros y se sumaron a las manifestaciones. El saqueo entonces se extendió por el plano y diversos sitios de la ciudad:

> "El tránsito de los carros hubo de ser suspendido, pero además de estar las calles llenas de huelguistas en plena efervescencia y peleas con la policía y tropas de guerra, varios carros fueron tomados y las cobradoras despojadas del dinero. Esa parte de la ciudad –el plano– era un hervidero de pueblo en revolución. Los gritos llenaban el aire, entre los cuales sobresalían los de "Viva *El Chileno*", "Viva la marinería"; corrían grupos de un lado a otros armados de palos, piedras y fierros, trabándose aquí choques con la policía o marinería, allá apedreando casas, y a su vez la policía de a pie y montada corría de un lado a otro, dando cargas y sufriendo una lluvia de piedras de todas partes.
> Oíanse tiros, gritos de rabia y de odio y quejas y lamentos...."[161].

Si los huelguistas llegaban a unos 4 o 5 mil durante estas manifestaciones el número de personas comprometidas superaba las diez mil. A estas horas de la tarde, el saqueo se hizo ya generalizado. Y fueron atacadas las casas de empeño, zapaterías, joyerías, licoreras, almacenes y panaderías.

Entre otros, la prensa consignó que fueron asaltadas la bodega de licores de la plazuela Comy, el almacén de abarrotes de la misma plazuela, la joyería y relojería de José Klikmann, la

159 *El Chileno*, Santiago 13 de mayo 1903.
160 *El Diario Ilustrado*, Santiago 14 de mayo de 1903.
161 *El Diario Ilustrado*, Santiago 14 de mayo 1903.

sombrerería Dumas, la panadería Hinojosa, la agencia La Sultana, la zapatería del Clane, la agencia del pasaje, la agencia del Globo, la panadería Nacional, la zapatería Lalanne y una serie de otros locales comerciales[162].

Junto al saqueo y los asaltos de la tarde fueron también apedreadas las casas aristocráticas de Jorge Montt y de Juana Ross. Fuera de estas residencias, el resto de la población porteña, incluidos los barrios y familias de bien, no fueron tocados. La violencia tuvo una clara dirección: las compañías navieras, *El Mercurio* y el comercio establecido y particularmente las casas de empeño.

Probablemente estaba en el ánimo de los huelguistas cobrárselas a las Compañías y al *El Mercurio*. Y tales acciones pueden haber sido perfectamente planificadas en sus aspectos más generales. Sin embargo, en los saqueos de la tarde los aconteciminetos tomaron un giro imprevisto, creciendo la violencia y los ataques al comercio. Es que un nuevo actor había entrado a estas alturas en escena: los más pobres de los cerros, los desempleados, el peonaje urbano y, como suele ocurrir en todos los levantamientos, era el sector "que nada tenía que perder". La agitación y la revuelta daban sí la posibilidad de tomarse alguna revancha de las agencias de empeño y del comercio.

Los gremios trataron de separar aguas cuando el saqueo se había generalizado indicando que se trataba de "elementos ajenos a ellos" quienes protagonizaban, en la tarde, los desórdenes en el plano. Formal o no la declaración, es un hecho que su movimiento había sido superado y que no estaba en sus planes el saqueo del comercio. Lo que no se puede negar, sin embargo, es que en el saqueo se vio involucrada gran parte de la población y por qué no, también las propias bases de los gremios en huelga, más allá de lo que declararan sus dirigentes.

La represión por cierto fue incrementándose durante la tarde. El Intendente pidió urgente el traslado de infantes de marina de Viña del Mar y de lanceros de Limache. Con todo, las medidas mayores fueron la declaración del estado de sitio –a eso de las tres de la tarde– y el envío de tropas desde Santiago.

A las 17:15 horas partió el primer convoy con 64 hombres del Yungay; a las 19:15 un segundo convoy con 195 hombres y a las 20 horas, un tercero, con tropa mixta del Tacna, del Buin y de la Artillería de campaña. A medianoche, además, pasó por Santiago, proveniente de Curicó, un convoy con tropa de dragones.

Finalmente las compañías ceden

Las Compañías, impresionadas ahora por la magnitud de los acontecimientos, cedían. La primera en hacerlo fue la Compañía Inglesa. Funcionarios de ella recorrían las calles pidien-

162 Ibidem.

do que no se hiciera daño a la Pacific Steam, por cuanto ella se allanaba a pagar la tarifa exigida por los huelguistas. El propio Sharpe, según el comité de huelga, se mostraba ahora dispuesto a conversar.

De Horacio Lyon no eran muchas las informaciones que se tenían después del incendio de la SudAmericana, ya que debió escapar, junto a su familia, por los tejados de las oficinas hacia el Club de la Unión cuando arreciaba el incendio.

Con todo, junto a las iniciativas de *El Chileno*, que editó una proclama llamando a la calma, la iniciativa mayor corrió por cuenta del diputado demócrata Ángel Guarello. En efecto, en las oficinas del diputado se reunieron durante la tarde los gerentes de las compañías, los contratistas y los dirigentes de los comités de huelga. Todos firmaron ahora un acuerdo de arbitraje para dirimir el conflicto.

El tribunal arbitral quedó compuesto por el almirante Latorre, Juan Naylor y Braulio Moreno, presidente de la Corte. Fernández Vial apoyó la iniciativa y debió trasladarse a Santiago la misma tarde del día 12, llamado desde aquí por las autoridades de gobierno.

Los trabajadores aceptaron, luego de firmado el pacto, volver a sus labores en las mismas condiciones en que se había iniciado la huelga, pero con el compromiso de parte de los árbitros de que una vez que se arribara a acuerdo sobre salarios, éstos tendrían un efecto retroactivo.

Se alcanzaba acuerdo en la formación de un Comité arbitral después de un mes de insistencia de parte de los trabajadores y de negativa de las compañías. Había que pasar por el "día 12" para que éstos reaccionaran y las autoridades intervinieran de modo más enérgico.

Los enfrentamientos en las calles de Valparaíso con fuerzas de represión que se incrementaron al anochecer tendría un saldo de 35 muertos y 600 heridos, según informaciones oficiales. Otras fuentes hacen subir el número de muertos a un centenar.

Como en la mayoría de las represiones masivas al movimiento popular chileno, es muy difícil determinar el número de víctimas, que normalmente son muchas más que las reconocidas oficialmente. En el caso de Valparaíso, se sabe que muchos muertos fueron recogidos y trasladados a sus hogares sin pasar por postas u hospitales.

Al amanecer del día 13, cuando todavía humeaban los escombros de los incendios del día anterior, "la ambulancia de la Cruz Roja recorría las calles levantando muertos y heridos"[163].

Entre los policías y las fuerzas de línea hubo solo heridos. Ninguno murió en los enfrentamientos del día 12 ni en los enfrentamientos menores del día 13. Entre los manifestantes hubo heridos y por supuesto, víctimas.

Tal fue el caso de Manuel Carvajal, jornalero N° 37 de la 3ra sección de aduanas, herido a bala en el cerebro; el de Juan Antonio Cortés, que falleció en el hospital a las 15 horas como producto de una bala alojada en el pulmón; el de Arturo Aliaga, que falleció a las 15:15 horas como producto de un hachazo en la cabeza; el de Ladislao Barriga, muerto por

163 *El Chileno* de Santiago, 14 de mayo de 1903.

una bala en el abdomen. Y así crece la lista, entre los que se cuentan muertos a bala, sablazos, hachazos y también el caso de un degollado en el cerro Cordillera.

Al amanecer del día 13 las fuerzas de línea y la artillería habían tomado la ciudad; las ametralladoras fueron dispuestas en las plazas, protegiendo a los bancos y el comercio del plano, mientras que el resto de las fuerzas recorrían la ciudad e impedían que se formaran grupos. Un despacho de *El Chileno* de Valparaíso informaba del siguiente modo sobre el amanecer del día 13:

> "Ha vuelto la tranquilidad a los habitantes de Valparaíso... Durante catorce horas los laboriosos habitantes del puerto han visto por doquier las llamas devoradoras de los incendios y los efectos horrorosos de la masacre de ciudadanos. Para conseguir la calma ha habido necesidad de derramar sangre a destajo, como en los peores días del recordado 91. La ciudad amaneció bajo la terrible impresión de los sucesos de la noche y con el temor de que estos se renovaran durante el día.
>
> En las primeras horas las familias y jentes pacíficas no se atrevían a abrir las puertas de sus casas...
>
> La ciudad presentaba el aspecto de un campamento, las calles recorridas por patrullas de fuerza de línea y en las plazas la marinería de la escuadra a cargo de formidables máquinas de guerra, entre ellas las ametralladoras de los buques que pueden en un minuto exterminar a un regimiento.
>
> Hasta las 8 a.m. no se notaba movimiento en las calles"[164].

El día 19 de mayo hubo acuerdo definitivo sobre los árbitros y a fines de julio éste fallaba en gran medida en favor de los trabajadores: los salarios fueron incrementados entre un 10 y un 20%; se garantizó el pago del trabajo sobre tiempo y los horarios de trabajo fueron modificados.

El movimiento huelguístico de Valparaíso, a pesar de la censura telegráfica que impuso el gobierno, trascendió rápidamente a Santiago y provincias. En la capital, el gobierno dispuso la rápida detención de Magno Espinoza, la que se produjo el 13 por la mañana. En la tarde de ese mismo día, la policía disolvió a un grupo que comenzaba a reunirse en la plazuela de la Estación Central; grupos compuestos en su mayoría por empleados de la Maestranza de Ferrocarriles.

No pudo evitar, sin embargo, la policía que más tarde se verificara en las inmediaciones de la Estación un acto obrero en protesta por los sucesos de Valparaíso. Según *El Diario Ilustrado* hicieron uso de la palabra la mujer de Magno Espinoza y otros oradores ante unas quinientas personas. Según este mismo medio, los oradores "se manifestaron enemigos del orden social" y "uno de ellos habló de un juramento para no leer *El Mercurio*..."

164 *El Chileno* de Santiago, 14 de mayo 1903.

Culminado el acto de la Estación, se formó una columna que se dirigió hacia el centro de Santiago. La idea era realizar una manifestación de repudio frente a *El Mercurio* y otra de apoyo al diario *El Chileno*. La primera fue impedida por la policía, que también actuó para impedir la marcha en las inmediaciones de la calle San Martín. A pesar de todo ello la columna que la encabezaban estandartes rojos con crespones negros se rearticuló y rompieron focos y faroles del alumbrado. Y así y todo llegaron a la calle Bandera, donde se avivó al diario *El Chileno*.

Según De Shazo, la manifestación popular de Santiago fue de una magnitud mucho mayor que la referida por *El Diario Ilustrado*, alcanzando a varios miles los manifestantes. Del mismo modo, en la represión no solo habría actuado la policía sino que también fuerzas militares. Estas últimas patrullaron la ciudad durante la noche, temerosas de que se produjeran manifestaciones semejantes a las de Valparaíso.

La "cuestión social" después de los sucesos de Valparaíso fue abordada por todos los diarios capitalinos, en el Congreso y en esferas de gobierno. Los diarios, en términos generales, condenaron la imprevisión del Intendente Bravo, a quien hicieron responsable de no haber evitado los desmanes populares. Prácticamente todos coincidieron también en calificar de tercas e indolentes a las Compañías que con su actitud contribuyeron al clima de violencia que se vivió en el puerto el 12 y 13 de mayo. Respecto de los trabajadores, las opiniones estuvieron divididas: Unos como *El Chileno*, insistieron en las justezas de sus demandas y en que los trabajadores actuaron por la necesidad y la impaciencia; otros, si bien reconocieron legitimidad a la demanda obrera, condenaron el vandalismo y la presencia de agitadores anarquistas que mal influían a los obreros.

Todos finalmente se mostraron inclinados a que se realizaran estudios más profundos sobre la cuestión obrera y se viera modo de legislar al respecto.

En el Congreso Nacional se debatió también el asunto. Sin embargo, no prosperó aquí la proposición de un parlamentario para que se formara una comisión especial que estudiara las dificultades laborales. En la votación de esta proposición, 36 por sobre 12 parlamentarios estuvieron de acuerdo en considerar innecesaria dicha comisión. Y así se expresó un parlamentario contrario a la idea de la comisión:

"Aquí está pasando un fenómeno particular: nos estamos asustando con la cuestión obrera, con una cuestión que, en realidad, no existe en Chile" [165].

El presidente Riesco, por su parte se refirió a los sucesos de Valparaíso en los días posteriores. Y en su mensaje al Congreso en los primeros días de junio planteó la conveniencia de una legislación en relación a los problemas obreros. En la práctica, sin embargo, no fue mucho lo que se avanzó.

165 De Shazo, ob. cit., pág. 152.

En lo que no hubo mayores dudas, sin embargo, fue en la necesidad de reforzar las fuerzas policiales y militares del puerto. Así lo habían solicitado, por los demás, las autoridades locales y el comercio. Las Compañías navieras en este punto fueron incluso más allá. En efecto, la Compañía Inglesa solicitó a su Ministerio de Relaciones Exteriores que asignara unidades de la Royal Navy para que se ubicaran en forma permanente en aguas chilenas.

Santiago, 1905: La huelga de la carne o la semana roja

El profesor Gonzalo Izquierdo, que ha realizado un acusioso estudio de los sucesos que conmocionaron a la capital en la tercera semana de octubre de 1905, comienza su relato de este modo:

"El día 22 de octubre se inició como cualquier otro domingo en la tranquila ciudad de Santiago de 1905. Un día de descanso y recreación que para muchos comenzó con la devota celebración de la santa misa. No obstante, era un día festivo en el que a diferencia de otros pasada la hora de almuerzo, una multitud de personas se reuniría en su gran desfile, respetuoso y organizado, cuyo objetivo era reclamar ante las autoridades la derogación de un impuesto impopular, el que gravaba al ganado argentino que importaba Chile" [166].

Organizaba la manifestación el "Comité Central del Impuesto al Ganado", del que participaban más de 40 sociedades obreras. El desfile se planificó de tal modo de asegurar la participación ordenada de dos sectores: los gremios que marcharían detrás de su respectivos estandartes y los barrios –10 en total–, para los cuales se fijaron sitios previos de reunión.

Todos los convocados se reunirían en torno a la estatua de O'Higgins y desde allí se dirigirían, primero a La Moneda y luego recorrerían las calles céntricas de la capital, para retornar finalmente a la Alameda. Es importante consignar estos hechos, por cuanto sucesos no previstos cambiarían por completo los objetivos originales de la manifestación ("un gran desfile, respetuoso y organizado") transformándose en una explosiva (y violenta) protesta popular.

La policía –siempre conservadora en estos asuntos– estimó que el número de manifestantes sumaba unos 12 mil; la prensa subió el número a 25, 30 mil y hasta 50 mil.

En la organización misma del acto era notoria la preeminencia de las sociedades mutualistas y del Partido Demócrata. La presencia de las sociedades de resistencia, de orientación anarquista, era aparentemente menor (Alejandro Escobar, uno de los dirigentes anarquistas

166 Izquierdo, Gonzalo. "Octubre de 1905: un episodio en la historia social chilena". *Revista Historia*, N°13, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1976.

más destacados de principios de siglo, niega en sus *Memorias* que les haya tocado una mayor participación).

El desfile comenzó tal cual estaba previsto, evidenciándose solo a través de los estandartes signos de malestar que iban más allá del tono "respetuoso" del acto. Los trabajadores de la Tracción Eléctrica, por ejemplo, llevaban tres estandartes: en uno de ellos aparecía un buey aprisionado por los ganaderos y el pueblo tratando de liberarlo; en otro, el pueblo estaba representado por un esqueleto y a su lado se veía a un gordo hacendado fumándose un puro; el tercero, finalmente, mostraba a un buey gordo sobre el cual se leía "carne para los ricos", al lado un caballo flaco sobre el cual se leía "carne para el pueblo". El más sugestivo, con todo lo llevaban los "pobladores" de la Primera comuna. En él se leía: "Cuidado, señores estadistas, con el despertar del pueblo. El pueblo pide la llapa"[167].

Como a eso de las 2 y media de la tarde, se puso en movimiento la marcha en dirección a La Moneda. Y se produjo allí el primer inconveniente: el Presidente no estaba en la casa de gobierno para recibir a la Comisión designada para hacerle entrega del petitorio de la manifestación (poner fin al impuesto de la carne). La columna se dirigió entonces hacia la residencia particular del Presidente, ubicada en Huérfanos con Amunátegui. Y, aquí las fuentes y testimonios difieren. Según Alejandro Escobar y también Carlos Vicuña Fuentes[168] el Presidente tampoco los recibió, ya que se encontraría de paseo en Pirque, fuera de la capital.

Los historiadores Gonzalo Vial y Gonzalo Izquierdo sostienen, por su parte, que el Presidente Riesco sí recibió a la Comisión y que ésta expuso su demanda: "en virtud del derecho de petición que nos confiere la ley solicitamos: que viendo la poca efectividad del impuesto que grava las importaciones de carne dictada por ley de diciembre de 1897, y cuyo único efecto ha sido el paulatino encarecimiento de dicho artículo, y no habiendo logrado el fin, que consistía en proteger a la industria ganadera nacional con el fin de que ésta se desarrollara, solicitamos la derogación de dicha ley, ya que solo ha ayudado al enriquecimiento de unos pocos"[169].

La demanda, como se ve, era muy concreta, terminar con un impuesto que protegía a los ganaderos nacionales de la competencia que significaba la importación de ganado argentino.

Es muy probable que Riesco recibiera a los manifestantes en su residencia. Vicuña dice que éste no se atrevió a asomarse a los balcones de su casa. Escobar, en cambio, afirma que estaba en Pirque. El hecho es que las primeras manifestaciones de protesta comenzaron cuando la guardia de La Moneda indicó que el Presidente no se encontraba allí. La versión, que corrió muy rápido entre la multitud, fue que el Presidente "se negaba a conversar con el pueblo". ¿Un mal entendido, un rumor intencionado para lo que venía?

167 Izquierdo, ob. cit., pág. 59.
168 Escobar, Alejandro. Revista de Occidente. Nº121. Vicuña F., Carlos. *La tiranía en Chile*. 1ª edición, Santiago, 1938 En adelante citamos la 3ª edición de la Editorial Aconcagua, Santiago, 1987.
169 Izquierdo, ob. cit., pág. 58.

Se pueden sostener distintas hipótesis; el hecho macizo es que la multitud se sintió burlada por el primer mandatario y esta fue la "chispa" que encendió la hoguera.

En efecto, al tiempo que corría la noticia de la negativa presidencial, comenzaron también las primeras manifestaciones hostiles: Las consignas subieron de tono: "abajo el ladrón del hermano de Riesco", "abajo los bribones del Congreso", "mueran los contrabandistas del ganado", etc. Y entre los más iracundos el primer objetivo fue La Moneda.

"El pueblo se enfureció y pretendió entrar al Palacio de La Moneda por la fuerza: sudando frío les negó allí la entrada, entre enérgico y suplicante, un joven alférez de apellido Fuenzalida..."[170].

La casa de gobierno fue cerrada inmediatamente por la guardia de palacio. Ello no fue, sin embargo, obstáculo para que fuera apedreada por los manifestantes.

Los ataques se sucedieron luego con rapidez cuando diversos grupos se lanzaron a recorrer las calles céntricas de Santiago y en particular la Alameda.

Los objetivos de la violencia popular fueron claros. En primer lugar, los más diversos símbolos del orden y del poder. En efecto, luego del intento por ingresar a La Moneda no quedaron prácticamente faroles ni luces en la Alameda y cayeron prácticamente todas las estatuas alineadas en esta avenida. Y, fueron también apedreados, más tarde, los edificios del Estado Mayor, de la Tesorería, del Instituto Nacional y los bancos Español-Italiano y el Industria, la imprenta El Mercurio, el Club de la Unión y la Comisaría Yungay.

En segundo lugar, la violencia popular se dirigió en contra de las famosas "casas de empeño" y el comercio, sobre todo extranjero. Sus locales fueron asaltados y saqueados y si no, al menos apedreados.

Luego vino el ataque a algunas residencias patricias y de autoridades públicas. Entre otras fueron apedreads las casas de Cornelio Saavedra, de Rafael Errázuriz y de Carlos Correa Toro. La misma suerte corrieron las residencias del juez del crimen Alberto Arteaga, del prefecto de policía Joaquín Pinto y del inspector de policía de apellido también Pinto.

Los trabajadores de Maestranza y Ferrocarriles, por su parte, atacaron las instalaciones del telégrafo y destruyeron parte de la vía del ferocarril al sur. En estos casos el objetivo era de orden más operativo: impedir el retorno del ejército que se encontraba en maniobras fuera de Santiago[171].

Las manifestaciones de protesta y los ataques ya indicados se produjeron durante la tarde y noche del día 22, continuaron al día siguiente, declinarían parcialmente el 24, cuando ya retornaba el ejército a la capital, y solo finalizarían completamente el día 27 de octubre. La policía, en número de 1.800 efectivos fue ampliamente superada en la tarde del 22 de octubre, lo que no fue obstáculo, para que cobrara las primeras víctimas esa misma tarde.

170 Vicuña, ob. cit., pág. 47.
171 Izquierdo, ob. cit., págs. 62 y ss.

Según Escobar, "cuando se desencadenó la ira popular" las masas se desataron incontenibles atacando los faroles del alumbrado público, destrozando los escaños de la Alameda" y "las pobladas de más abajo... acometieron contra el monumento a la ciudad de Buenos Aires, frente a la calle 18 de septiembre, mientras otras destruían el grupo de estatuas erigidas a la memoria de los escritores de la Independencia". La policía entonces intervino y trató de disolver a los manifestantes. Pero siguiendo el relato de Escobar esta fue una:

"Imprudencia temeraria, porque el pueblo no reconoció el principio de autoridad, y atacó a los representantes del orden, desempedrando los adoquines de la calzada norte de la Alameda y disparándolo a los oficiales y guardianes, o a sus cabalgaduras...
En un momento la batalla se hizo general, a pesar de no existir dirección alguna de parte del pueblo, y cada hombre actuaba por su sola cuenta en medio de la refriega. Vi caer a jefes de policía con sus caballos, bajo una lluvia de adoquines. Uno de ellos caía y se levantaba, literalmente aplastado por los proyectiles, hasta que un grupo de caballeros con revólveres en la mano lo rodearon y levantaron poniéndolo sobre el caballo, permitiéndole escapar.
"Poco más tarde comenzó a sentirse el tableteo de una ametralladora apostada a la entrada de la calle Gálvez[172].

La policía, en verdad, en las primeras fases de las manifestaciones, como ya hemos dicho, fue superada. Aun así, durante la tarde realizó reiteradas cargas de caballería por la Alameda, que se había convertido en un verdadero campo de batalla.

La sección de Seguridad (los llamados "secretos") también actuaron. De civil y confundidos con la multitud, dispararon fríamente sobre los manifestantes que cuando habían superado a la policía cometieron la mayor parte de los ataques antes referidos.

Cayó también en la tarde un orador anarquista que se dirigía a la multitud desde una de las estatuas de la Alameda. Los manifestantes levantaron el cadáver y lo pasearon como estandarte hasta la Plaza de Armas. Allí fue rescatado por los bomberos[173].

Entre los ataques a los extranjeros, el más extremo fue aquel que un grupo dirigió en contra del austriaco, funcionario de ferrocarriles, Bautista Seigler. Este "fue ultimado y luego paseado por distintas calles de Santiago por 400 a 500 manifestantes y llevado a la Legación de Italia..."[174].

El gobierno, en vista de lo limitada que resultaba la policía para contener al pueblo, autorizó la formación de "guardias blancas". Se repartieron 1.000 rifles, la noche del 22, entre jóvenes de la aristocracia. El presidente del Club de La Unión, entre otros, organizó brigadas de 50 jóvenes cada una. Reforzada de este modo la represión no reconoció límites, ya que estos últimos dispararon a diestra y siniestra a todo transeúnte que "tuviera aspecto

[172] Escobar, ob. cit, pág. 6.
[173] Vial, ob. cit., pág. 894.
[174] Izquierdo, ob. cit., pág. 62.

de trabajador". Los jóvenes de la aristocracia actuaron de esta manera más influidos por su instinto de clase que por alguna noción de resguardo del orden público. La prensa obrera los acusó los días siguientes de "viles asesinos del pueblo".

Y el saldo de víctimas así lo comprueba: hubo alrededor de 500 heridos, de ellos unos 65 policías, mientras que el número de muertos subió aproximadamente a 200 o 250. Si se exceptúa el caso de Seigler, prácticamente todas las víctimas fatales correspondieron al campo popular.

El total de detenidos por otra parte, llegó a 800, de los cuales la mayor parte eran "gañanes" (o peones), es decir, desempleados, personas de baja calificación laboral y de ingresos muy reducidos. Otro número importante eran obreros y artesanos, muchos de ellos pertenecientes a gremios anarquistas, como el de los panaderos, zapateros, estucadores, carpinteros y ebanistas.

Los ferroviarios, por su parte, que habían participado de la marcha del día 22 declararon la huelga el día 23 y buscaron ser escuchados en sus demandas más específicas. Entre ellos era también fuerte la corriente anarquista.

La llamada huelga de la carne de octubre de 1905, pensada originalmente como una cívica manifestación de rechazo al impuesto que gravaba el ganado argentino, se transformó en estallido popular.

La cuestión social emergió entonces como violencia social dirigida especialmente en contra del Estado (la casa de gobierno y otros edificios públicos, los símbolos del poder y por cierto la policía), sectores de la aristocracia (sus residencias y bancos), los extranjeros (que dominaban el negocio de las "casas de empeño") y el gran comercio del centro de la ciudad.

El Presidente Riesco, hombre opaco y sin relieve –al decir de Vicuña Fuentes–, que fue elegido por la Alianza Liberal "porque no era una amenaza para nadie" estuvo siempre por debajo de los acontecimientos sociales que conmocionaron su período presidencial. Tampoco la élite supo administrar ninguna medida eficiente para hacer frente a la cuestión social. No hacían dos años de la huelga marítima de Valparaíso, que había dejado ya un número de víctimas importante. Ahora los sucesos llegaban a Santiago, pero la élite prefirió hacer responsables a los anarquistas y no ir al fondo de la cuestión social. Sus jóvenes dieron la nota alta esta vez, desencantándose de sus ideas juveniles que los hacían relativamente sensibles a los problemas populares. En octubre de 1905 había que cerrar filas frente a un pueblo que no reconocía "principio de autoridad", que ponía en jaque a la ciudad y amenazaba sus privilegios.

El Presidente Riesco estaba informado del acto del 22 de octubre. Había sido informado públicamente y algunos medios de prensa –como *El Chileno*, diario católico de la época– habían hecho una larga campaña para abordar el problema del encarecimiento de la carne y sus consecuencias sobre la subsistencia popular. Con todo, careció de iniciativa alguna para afrontar el problema.

Los actores populares en los sucesos de octubre de 1905 son los mismos a los que nos hemos referido en los tres primeros capítulos de este trabajo: los peones y gañanes –los más pobres–, los artesanos agrupados en sus sociedades y los obreros, particularmente del transporte, que ya constituían por estos años sus primeros sindicatos y sociedades de resistencia.

Agreguemos finalmente que el estado de la cuestión social se había vuelto tan agudo en estos años, que más allá del grado de organización sociopolítica alcanzado por los sectores populares, bastó saber de la negativa presidencial para que se desencadenara la violencia.

Es decir, no solo existían condiciones objetivas (o estructurales) que evidenciaban la crisis social de la clase popular, sino que existía también un extendido malestar que se manifestaría como una fuerte subjetividad anti-patronal y anti-estatal.

Luego de los sucesos de octubre de 1905 se culpó una vez más a los anarquistas y a los agitadores. Algunos insistían que se trataba de extranjeros; otros se allanaban a reconocer que eran más los nacionales. Los anarquistas, según la élite, con su demagogia habían arrastrado al pueblo ingenuo y todavía poco civilizado. Sin embargo, la élite sentía también temor porque se reconocía "que existían en el pueblo sentimientos reivindicativos y una amenazante fuerza revolucionaria"[175].

La cuestión social, sin embargo, como hemos reiterado no estribaba solo en la emergencia de la protesta popular, sino que encontraba sus causas más profundas en el deterioro de las condiciones de vida de los sectores populares y en la indolencia e incapacidad del régimen social y político vigente para abordar estos problemas.

Octubre de 1905 fue un episodio importante de la cuestión social en Chile. Un episodio porque aun vendrían otros: las huelgas obreras de Antofagasta e Iquique.

Antofagasta 1906: Por una hora y media para almorzar

No habían pasado cuatro meses del estallido popular de octubre de 1905, en Santiago, cuando una nueva protesta popular conmovió a la zona norte del país.

Una huelga obrera en Antofagasta, en febrero de 1906, luego de una semana de paralización de las actividades productivas, culminó con la muerte de 48 trabajadores en la Plaza Colón de este puerto. La represión, esta vez, corrió por cuenta de "guardias blancas" y soldados de las fuerzas de línea.

El movimiento huelguístico, que comprometió a los trabajadores de Antofagasta se inició cuando los caldereros del ferrocarril inglés solicitaron aumentar de una hora a una hora y media el tiempo para almorzar. Y la "hora y media" era, en aquellos años, la norma para el resto del país.

175 Izquierdo, ob. cit., pág. 81.

Según *El Marítimo*, órgano oficial de la Mancomunal Obrera de Antofagasta desde hacía un tiempo "se notaba un bello despertar entre la clase obrera de este puerto". En este despertar habían jugado un papel de importancia "los caldereros, constituyéndose en Sociedad de Resistencia" y le siguieron "los tipógrafos, carretoneros, carpinteros, fundidores y otros"[176].

Sabemos también, por otra parte, que en 1905 los "socialistas libertarios" (o anarquistas) habían extendido su trabajo de organización y de propaganda en la región.

"Partió primero Luis Olea (más tarde lo veremos en el Comité de Huelga de la Escuela Santa María). Se internó en la pampa y tomó trabajos de pintura en la administración de la oficina Agua Santa, en el alto de Caleta Buena, al norte de Iquique. En este puerto hizo algunas amistades y conquistó varios camaradas, como Facundo Castro, Alejandro Barraza e Hipólito Galarce. Todos resultaron excelentes luchadores sociales. En seguida, salieron de Santiago en la misma dirección los compañeros Julio E. Valiente, tipógrafo, y Francisco Pezoa, intelectual, obrero y, como tal, bohemio y poeta. De Valparaíso partieron Luis Guerra Sarmiento, oficial mecánico de la Escuela de Artes y Oficios e Ignacio Mora, jefe de los tripulantes de Vapores durante la huelga de abril-mayo de 1903. Estos camaradas se internaron en la pampa e hicieron prontamente adeptos en los gremios salitreros, llegando a constituir un buen núcleo en el pueblo de Pozo Almonte, donde instalaron una pequeña imprenta y publicaron quincenalmente el periódico *La Agitación*, gemelo del editado en Santiago"[177].

Pero, no se trataba solo de una extensión o filial nortina de los libertarios. En Antofagasta, en 1903, se había fundado la Mancomunal Obrera (con su periódico *El Marítimo*) asociándose a ella gremios como el de los lancheros, jornaleros de tierra y marítimos, carpinteros, mecánicos, herreros, caldereros y carpinteros de ribera. Y la Mancomunal tenía como propósito declarado "vincular el porvenir de los combinados i de las clases obreras en jeneral, al bienestar económico, social e industrial"[178].

En suma, el movimiento obrero en Antofagasta había hecho ya sus primeros pasos organizativos y políticos con anterioridad a la huelga de 1906. Más todavía, ese mismo año Recabarren sería elegido diputado por Antofagasta, aglutinando el voto obrero[179].

Pero volvamos por el principio. El gremio de caldereros, considerando escaso el tiempo para almorzar (los trabajadores solían almorzar en sus respectivos domicilios en esta época) iniciaron un movimiento tendiente a obtener media hora más de tiempo para este fin. Ello, como hemos dicho, era la norma en el resto del país.

Se estructuró para tales efectos un Comité compuesto por representantes de todos los gremios de la ciudad. Este Comité envió una nota-circular a todos los empresarios,

176 *El Marítimo*, Antofagasta, 17 de febrero 1906.
177 Escobar, ob. cit., *Revista de Occidente* Nº 121, pág. 8.
178 *El Marítimo*, 27 de junio de 1903.
179 Como bien se sabe la Cámara impediría luego que éste asumiera sus funciones como parlamentario.

industriales, administradores, contratistas y patrones en general. Alejandro Escobar fue nombrado secretario de esta iniciativa.

La mayoría de las respuestas fue favorable, salvo la del ferrocarril, en manos de una Compañía Inglesa.

"La Empresa del ferrocarril, con una obstinación rayana en la estupidez –comenta *El Marítimo* –se negó a conceder a sus operarios lo que éstos pedían, haciendo en cambio proposiciones bastante ridículas, como ser la concesión de la hora i media de almuerzo i la supresión del tiempo destinado a hacer onces, o el recargo de un cuarto de hora en la salida; proposiciones éstas que fueron rechazadas de plano por los operarios..."[180].

Intervino el Intendente y propuso un arbitraje, pero la empresa no accedía a más de un cuarto de hora. Se formó de todos modos un Comité Arbitral con la presencia del Intendente, el Obispo de la ciudad y un escritor. Los dos últimos eran partidarios de acceder a la petición de los trabajadores, pero no tenían ningún poder legal para obligar a la empresa de ferrocarriles.

Se llevó entonces a efecto una asamblea general de trabajadores, el 29 de enero en los salones de la "Gran Unión Marítima", y se acordó la huelga como una forma de obligar a la Compañía Inglesa a ceder. En esta asamblea participaron alrededor de 3 mil trabajadores.

Esa misma noche del 29 de enero fueron allanados los domicilios y detenidos el presidente del Comité General y el presidente también del gremio de caldereros. La ciudad, por su parte, amaneció con tropas de infantería resguardando la Intendencia y marinería el ferrocarril.

La huelga fue en sus inicios parcial, comprometiendo a los trabajadores del ferrocarril y solo algunos otros establecimientos. Y cuando salió el tren de pasajeros fue apedreado como una forma de protesta en contra de la falta de solidaridad de los fogoneros y maquinistas.

Circuló también, durante la mañana, un manifiesto en que se daban a conocer las causas de la huelga y se establecía como condición para volver al trabajo:

" 1° Hora i media de almuerzo, sin suprimir el cuarto de hora para hacer onces...
2° 20% de aumento en el salario de los trabajadores de la Compañía Chilena de Salitre"[181].

Al mediodía, a instancia de Recabarren, que era en esos momentos candidato a parlamentario por el partido Demócrata, se logró la libertad de los detenidos en la noche.

A esta hora el movimiento se había venido incrementando; numerosos grupos de huelguistas recorrían las calles buscando que se sumaran más trabajadores al paro, deteniendo también a los cocheros e invitándolos a acompañar la huelga.

El paro se hizo así general, con la gente del mar y la Mancomunal el número de huelguistas subió a unos seis mil. Y pasó una semana sin que produjera ningún indicio de solución. El gobierno siguió por su parte la norma, desembarcando más tropa.

---

180 *El Marítimo*, 17 de febrero de 1906.
181 Ibidem.

Representantes del comercio, entretanto, solicitaron al Intendente para que los autorizara a formar una "guardia de honor", temerosos "de que la propiedad sufriera perjuicios" como se sabía había pasado en Valparaíso en 1903. El Intendente se negó, pero finalmente aceptó "con la condición de que no se hiciera uso de las armas mientras no hubiese motivo justificado para ello".

En vistas de que no se arribaba a ningún arreglo, el Comité de Huelga decidió convocar a un comicio para el domingo 6 de febrero en la Plaza Colón.

Sigamos ahora el relato del periódico de la Mancomunal:

"Tranquilamente celebraba el pueblo un mitin en la Plaza Colón, sin que nada hiciera predecir el sangriento desenlace que le esperaba. Comentábase alegremente el discurso algo inteligible de un negro norteamericano, cuando de improviso hizo su aparición la guardia de honor en correcta formación militar i en actitud provocadora, colocándose en la acera del Club de la Unión; aparición que fue recibida por una turba de muchachos a silbidos i con exclamaciones como ésta: "Abajo los pijes armados", motivo fue éste más que suficiente para que los bandidos burgueses, los asesinos de levita, dispararan sus armas sobre el pacífico pueblo.
A la primera descarga caían una multitud de obreros muertos i heridos, entre éstos un guardián i un marino.
La fuerza de línea que cuidaba la Intendencia, creyendo que el fuego dimanaba de los huelguistas i que el pueblo se preparaba a tomar la Intendencia, hizo fuego, tomando entre dos disparos a los huelguistas que desatinadamente no sabían qué hacer; caían como mieses segados por mano de diestro labrador. A 48 subió el número de víctimas inmaculadas por la estúpida precipitación de la cobarde burguesía"[182].

Efectivamente, como lo recuerda Escobar en sus *Memorias*, los manifestantes se vieron de pronto entre dos fuegos. Los que provinieron inicialmente de la guardia blanca y los que respondieron las fuerzas de línea. El comandante Adolfo Miranda no sabía de la llegada de la guardia y se sintió atacado por el pueblo. Ello lo indujo a ordenar a sus hombres que dispararan.

Al día siguiente el pueblo salió nuevamente a la calle y con ánimo de cobrar venganza por las muertes del día anterior. Bajaron el escudo peruano del Consulado y lo pisotearon porque se sabía que el cónsul había participado de la "guardia de honor". Luego, como también se sabía que muchos de los integrantes de la guardia eran empleados de comercio, atacaron a un joven empleado de apellido Rogers golpeándolo y dándole muerte. Este, se reconoció después, fue equivocadamente tomado como sospechoso.

Finalmente, la multitud atacó el negocio "La Chupalla", de propiedad de españoles. Le prendieron fuego y ardió no solo esta propiedad, sino que un cuarto de manzana, ya que los

---

182 *El Marítimo*, 17 de febrero de 1906.

manifestantes no dejaron actuar a los bomberos. Se hizo entonces presente la tropa y dispersó violentamente a los manifestantes. Según *El Marítimo* en este suceso cayeron otros ocho trabajadores.

El número de víctimas, tal como hemos visto en estos casos anteriores es muy difícil de determinar. Probablemente superó los 50 de acuerdo con la información consignada en este breve recuento de los sucesos de Antofagasta.

Luego de estos acontecimientos la represión continuó y varias personas y dirigentes fueron detenidos, entre ellos, Recabarren, los escritores de La Vanguardia, miembros del Comité de Huelga y el redactor de *El Marítimo*. Hubo también allanamientos, censura telegráfica y suspensión de los periódicos obreros.

Unos pocos miembros del Comité de Huelga, evaluando la magnitud de los acontecimientos decidió lanzar un manifiesto declarando terminado el movimiento y aconsejando a los trabajadores que aceptaran las concesiones logradas.

Iquique, 1907: La mayor violencia en contra del pueblo

La huelga de Iquique de 1907 es probablemente la más conocida del ciclo de manifestaciones y protestas populares que se inició en 1903 con la huelga marítima de Valparaíso.

Ella ha concentrado un mayor número de estudios y sin dudas que la composición musical de Luis Advis y "Quilapayún" contribuyeron –en los años 70– a que este movimiento fuera ampliamente conocido entre los sectores populares[183].

Se trató de una huelga obrera y popular, como fue la mayor parte de los movimientos populares de esta época. Como veremos más en detalle, en ella no solo estuvieron involucrados los obreros salitreros, sino que participaron también la mayor parte de los gremios organizados de Iquique, amén de los pampinos que vinieron del desierto a la ciudad con sus mujeres e hijos.

Por esta misma razón la conducta irracional del general Silva Renard, que contaba con el apoyo del gobierno, no reconoció límites ni se enfrentó con nadie: disparó sus ametralladoras en contra de todos los "desarmados" que se congregaban en un número aproximado a los seis mil en la Escuela Santa María. Pocos militares pueden anotar tal mérito en su currículum.

El contexto nacional que precede a la huelga lo describe muy bien Gonzalo Vial:

"La crisis económica interna –causada principálmente por la "fiebre bursátil" (de 1905-1906) alcanzaba su clímax: cerraban negocios que pocos años atrás habían sido lanzados bajo las esperanzas más risueñas y optimistas; mucha gente perdía su trabajo; los billetes

[183] *Cantata de Santa María de Iquique*, de Luis Advis y Quilapayún, Santiago,1970.

sembrados, el "dinero abundante y barato", daban su inexorable cosecha: inflación. Una crisis mundial repercutía sobre la interna: el mundo pasaba por años depresivos; faltaba capital; las empresas reducían su ritmo; caían los precios. El salitre chileno fue muy afectado por esta baja, lo cual llevó a organizar la quinta 'combinación' patronal (1906). Como sabemos, las combinaciones sostenían el precio reduciendo el caliche elaborado. Significaban, pues cesantía para la desolada pampa nortina. En todas partes cundían las huelgas. Los ferroviarios santiaguinos tuvieron una prolongada, cuarenta y cinco días, en 1906. La maestranza de la capital paró de nuevo al año siguiente; otros sectores adhirieron... Paralizaciones obreras afectaron, asimismo, a Valdivia, Coronel y Concepción. Igualmente decidoras fueron las concentraciones que recordaron el 1°de Mayo los años 1906-1907. Esta festividad revolucionaria venía conmemorándose masivamente desde 1899, pero los años referidos ello se hizo con especial combatividad. Para 1906 hubo dos grandes mítines, uno santiaguino y otro porteño: estrella del primero fue Recabarren. El ano 1907 Recabarren se había exiliado, mas la celebración resultó aun mayor: los manifestantes capitalinos triplicaron su número, invadiendo desafiantes el Parque Cousiño; la escena se repitió en el puerto, Concepción, Talca, Valdivia, Iquique..."[184].

Efectivamente una crisis económica sería el telón de fondo de los movimientos reivindicativos en estos años. Y la historia se repite: en las crisis pagan más alto los que tienen menos medios para defenderse, es decir, los trabajadores, los más pobres.

En Iquique, el malestar y el descontento ya se había manifestado en diversos sectores con anterioridad a la huelga salitrera. En efecto, en los primeros días de diciembre de 1907 los trabajadores de la Maestranza de Ferrocarriles habían realizado una huelga exigiendo aumento de salarios para compensar la desvalorización de la moneda. También los funcionarios judiciales pidieron aumento de salarios. Hacia el 9 de diciembre, una huelga de "gentes de mar" de Iquique y Tocopilla paralizaban las faenas marítimas. Días más tarde lo hacían los trabajadores de la Empresa de Aguas Servidas de Iquique[185].

Todo indica que estas manifestaciones de descontento que se verificaban en el puerto encontraron eco en la pampa, cuyos trabajadores resentían también la crisis y tenían sus propias demandas que hacer a los salitreros.

Según *El Mercurio* se habrían presentado algunos movimientos aislados y sin importancia el día 13. Sin embargo, el 14 paralizaban 8 oficinas en Cantón Alto y San Antonio. Escobar por su parte recuerda que en esa fecha se realizó un mitin en Zapiga donde "se elaboraron las consignas del movimiento" y los trabajadores de San Lorenzo, en la pampa sur, abandonaron las faenas y se dirigieron a San Antonio. Allí, junto a los trabajadores de

[184] Vial, ob. cit., pág. 899.

[185] Pizarro, Crisóstomo. *Hacia una interpretación global de la evolución de la huelga y del sindicalismo en Chile entre 1890 y 1970...*, pág. 49.

otras oficinas decidieron "bajar a pie hasta Iquique, a presentar sus peticiones a los gerentes de las Compañías".

De este modo, el día 15 arribaron los primeros trabajadores a Iquique. Los administradores, como norma, habían manifestado no estar facultados para atender demandas de aumento de salarios. Ello impuso la estrategia de bajar a Iquique para entendérselas directamente con los gerentes de las Compañías.

Ya para el día 16 el éxodo de la pampa se hizo masivo. Algunos a pie, otros en tren; hombres, mujeres y niños iban llegando a Iquique. El gobierno, en el intertanto ordenó inutilizar vías e impedir que los pampinos invadieran Iquique. Y la medida tuvo sus efectos: varios miles quedaron a mitad de camino en Pozo Almonte, en Zapiga, etc. Con todo, un número altamente significativo llegó a Iquique:

> "De este modo 1.500 trabajadores de las oficinas de Laguna que protegieron el tren durante toda la noche llegan a la ciudad. Desde San Donato lo hace otro grupo similar. El 19 llegan 300 operarios de Huara, 500 desde Caleta Buena y 5.000 trabajadores desde diferentes lugares. Además de 300 desde Caleta Buena, quienes son transportados en lancha"[186].

En total se calcula que a Iquique habrían llegado unos quince mil y a no mediar la represión del día 21, el número habría seguido creciendo. Iquique en estos años tenía aproximadamente una población de 40 mil habitantes, que pronto se vio incrementada con una sobrepoblación cercana a la cifra ya indicada.

Para apreciar mejor la magnitud del movimiento es necesario decir que en el Comité de Huelga tuvieron delegado reconocido alrededor de 13.500 trabajadores y que considerando el conjunto de oficinas comprometidas en el paro, el número de trabajadores involucrados superaba los 37 mil. De este modo el movimiento tuvo las características de una huelga general ya que el censo de ese año contabilizaba 43.400 trabajadores en las diversas oficinas de la provincia.

Los primeros en llegar a Iquique fueron recibidos por el secretario de la Intendencia (que oficiaba como Intendente subrogante), Julio Guzmán. Este, junto a Santiago Toro y Antonio Viera Gallo escucharon a los huelguistas y sus peticiones, que prometieron ponerlas en conocimiento de los salitreros. Les ofrecieron también la Escuela Santa María para que se hospedaran.

Pero a medida que eran más los que llegaban, hubo que habilitar una carpa de circo como albergue frente a la Escuela; y las sociedades obreras, los Veteranos del 79, la Gran Unión Marítima y comerciantes hoteleros ofrecieron también alojamientos. Algunos filántropos repartieron pan y cigarrillos a los huelguistas mientras el comercio comenzaba a subir los precios de los artículos de primera necesidad. La ciudad a estas alturas empieza a ser dominada, como se comprenderá, por la huelga.

186 Pizarro, ob. cit., pág. 49.

Formado el Comité Directivo de ésta, se vio en la necesidad de administrar algunas medidas de Orden en el tránsito: distribuyó permisos escritos para que circulen los carros.

El Comité de Huelga quedó compuesto por José Briggs como presidente, Manuel Altamirano y Luis Olea como vicepresidentes, Nicanor Rodríguez y La-dislao Córdova como secretarios. Lo componían además 20 delegados que representaban a diversas oficinas salitreras; más 16 delegados que representaban a los gremios de Iquique y dos representantes del Centro de Estudios Sociales Redención. El Comité sesionaba permanentemente en los altos de la Escuela Santa María.

El Comité hizo presente a las autoridades de Iquique y a los salitreros las siguientes demandas: Pago de jornales al tipo fijo de cambio de 18 peniques; comercio libre en las salitreras para evitar la especulación de las pulperías; suprimir por completo el sistema de vales y de fichas (éstas, durante el período de eliminación, deberán ser aceptadas a la par de su valor, es decir, sin descuento); balanza y vara para cotejar peso y medida en todas las pulperías; los cachuchos y achulladores deberán ser cerrados con rejas para evitar accidentes; las familias de las víctimas de accidentes en los cachuchos deberán ser indemnizadas con 5.000 a 10.000 pesos; al cerrar una oficina los trabajadores tendrán derecho a indemnización de 10 a 15 días de trabajo; los administradores no podrán arrojar a la rampla y aprovechar el caliche de los operarios sin pagar previamente el valor de las carretadas; y, finalmente no se podrá destituir de su cargo a ningún dirigente. Si así lo hicieren las compañías, deberán cancelar una indemnización de 300 a 500 pesos o el equivalente a 2-3 meses de trabajo[187].

El movimiento huelguístico, a pesar de alterar por completo la vida cotidiana de la ciudad de Iquique, tuvo un carácter "tranquilo", al decir de algunos; "pacífico", al decir de otros.

El Gobierno, por su parte, instaba en estos días al Intendente subrogante a que mantuviere el orden "cueste lo que cueste" y se apresuraba a reforzar las fuerzas militares*. El martes 17, cuando la huelga era ya general, ancló a la bahía el crucero "Blanco Encalada" con tropas de Arica a bordo. Al día siguiente lo haría el crucero "Esmeralda". La ciudad empezó entonces a ser patrullada por fuerzas militares mientras la policía era retirada a sus cuarteles. Los trabajadores aguardaban mientras que los salitreros se pronunciaran sobre sus demandas.

Esperaban también el arribo al puerto de la autoridad titular de la provincia, Carlos Eastman. Este lo hizo el día 19 a bordo del crucero "Zenteno". Le acompañaban el general Silva Renard y el coronel Ledesma, designados especialmente por el gobierno para intervenir en la huelga.

Silva Renard

187 Pizarro, ob. cit., pág. 56.

* El Ministro Sotomayor telegrafió del siguiente modo al Intendente: "Para adoptar medidas preventivas proceda como en Estado de Sitio, avise inmediatamente oficinas prohibición gente bajar a Iquique. Despache fuerza indispensable impedir que lleguen, usando todos los medios para conseguirlo. Fuerza Pública debe hacer respetar el orden cueste lo que cueste. Esmeralda va en camino y se alista más tropa".

Eastman fue bien recibido por los trabajadores; confiaban que él podría influir positivamente sobre los salitreros, pero tropezó y no solo él, sino todos los que quisieron negociar, con la oposición de los gerentes:

"Aquel mismo día, sin embargo (Eastman) chocó con una muralla insalvable... la propia que habían hallado o hallarían después otros mediadores como el intendente accidental, el vicario apostólico Martín Rucker, el abogado Antonio Viera Gallo, varios jefes militares, etc. A saber que los patrones rehusaban entrar en cualquier conversación si antes los huelguistas no retornaban a la pampa y reiniciaban el trabajo"[188].

Silva Renard, en cambio era el duro. Consideraba que el conflicto había sido mal manejado, que no se debía permitir que los huelguistas continuaran en la ciudad, que Guzmán había sido débil y que los vecinos habían proporcionado alimentos ¡y hasta cigarrillos! a los huelguistas; los mismos que luego pedirían que se les protegiera en los buques de guerra; que los pampinos, colocaban el interés de sus salarios por sobre los grandes intereses de la patria; que si bien el trabajo era duro y el obrero salitrero "el peón más civilizado exteriormente", era también "el más altanero, creyéndose productor de las riquezas, explotado por el patrón"[189].

La misma noche que llegó Silva Renard hizo desembarcar ametralladoras y marinería de la Esmeralda. Sus "fuerzas" llegaron entonces a sumar 1.650 hombres considerando soldados de planta, conscriptos, marinos y oficiales.

Pero volvamos sobre las gestiones del Intendente. Propuso a los salitreros, en vista de su actitud negativa, un arbitraje que los trabajadores habrían estado dispuestos a aceptar, pero los gerentes no cedieron. Solo estudiarían esta posibilidad si se cumplía el retorno a la pampa y la reanudación de faenas, como condición previa. Otra alternativa que se manejó fue que se pagara un aumento inmediato en los salarios del 60% mientras se estudiaba el conjunto de las demandas. Los trabajadores nuevamente se mostraron en actitud favorable. Y el gobierno, incluso, ofreció hacerse cargo del 50% de este aumento. Con todo, los salitreros también se negaron. Argumentaron "que no hacían cuestión de dinero" reivindicaba más bien "el prestigio moral que siempre debe tener el patrón sobre el trabajador..." Si negociaban bajo presión perderían ese prestigio y más aun, "confesaban francamente que dejar sin castigo esa verdadera rebelión de los obreros podría traer malos resultados en el futuro"[190].

Como indica Escobar, aunque parezca absurdo, los argumentos de los ingleses influyeron en el estado de ánimo del Intendente. Nicolás Palacios relata en este sentido, que los obreros percibieron este cambio en el estado de ánimo de la autoridad y empezaron a llamarlo "Mister Eastman".

188 Vial, ob. cit., pág. 902.

189 Vial, ob. cit., pág. 903.

190 Tanto Pizano como Vial describen de este modo la actitud de los empresarios teniendo como fuente los testimonios del doctor Nicolás Palacios.

No vale quizás la pena discutir en qué grado los argumentos de los empresarios –ingleses muchos de ellos– influyeron en el Intendente, que se había mostrado, inicialmente, partidario de la negociación. Pesaban probablemente en la autoridad otros argumentos también de peso. El Estado chileno y una parte importante de la clase política nacional tenía en el salitre sus principales fuentes de ingreso. Escobar nos dice que el Ministro Sotomayor era salitrero y que el Presidente Montt integraba también algunas compañías en calidad de socio.

Estancadas e interrumpidas las conversaciones el día 20, la situación se fue tornando cada vez más tensa. El 20 cayó viernes y todavía arribaba un nuevo tren con más huelguistas a Iquique.

Hacia el interior, sin embargo, se había iniciado ya la represión. En la oficina Buenaventura la tropa disparó sus armas sobre una columna de cerca de mil obreros que buscaban sumarse al movimiento de Iquique. Murieron ocho trabajadores y otros tantos quedaron heridos. Este mismo día fueron detenidos también muchos dirigentes del interior y trasladados luego en barcos de guerra estacionados en Iquique.

Pero el día "D" para los pampinos fue el sábado 21. Ese día el Intendente de la provincia, presionado por los salitreros y con seguridad por el general Silva Renard, tomó la decisión de obligar a los pampinos a abandonar la ciudad de Iquique y poner de este modo fin al movimiento.

La ciudad amaneció en "estado de sitio", prohibiéndose el tráfico por las calles en grupos de más de seis personas a toda hora del día; se prohíbe también traficar después de las ocho de la noche, salvo que se porte permiso escrito; se prohíbe asimismo el "estacionamiento" o reunión en grupos de más de seis personas y se establece que "la gente de la pampa y que no tiene domicilio en esta ciudad se encontrará en la Escuela Santa María y la Plaza Manuel Montt"[191].

Eastman, junto con habilitar un tren para iniciar la devolución de los pampinos y haber decretado el estado de sitio que inmovilizaba a los huelguistas, llamó al Comité de Huelga para que se reunieran en la Intendencia. Los dirigentes se negaron a hacerlo porque era obvio que Eastman, a estas alturas, buscaría detenerlos. La evidencia la da el hecho de que ya había recibido ins-trucciones de Santiago en ese sentido: así rezaba el último telegrama de Sotomayor: "Sería muy conveniente aprehender cabecillas, trasladándolos buques de guerra"[192].

Eastman todavía quiso negociar la salida de Iquique a través del dirigente Abdón Díaz. El Comité o Directorio de la Huelga respondió que bajo estado de sitio y con lo sucedido en Buenaventurra no había ya garantías para negociar.

Volvió entonces a escena Silva Renard. Rodeó la Escuela y la Plaza Montt con unos setecientos hombres. Su misión consistía en obligar a los huelguistas a abandonar la Escuela

191 Pizarro, ob. cit., pág. 62.

192 Vial, ob. cit., pág. 904.

Santa María y que se dirigiera al Hipódromo de la ciudad. Desde allí se les haría retornar a sus lugares de trabajo en la pampa. Y según informara, luego de los sucesos, el propio Silva Renard, así consumó su obra:

"En la Plaza rebosaba una turba de huelguistas que no cabían en el interior de la Escuela. Adentro había cinco mil individuos y afuera dos mil. Como V/S comprende, los oradores no hacían otra cosa que repetir aquellas frases comunes de guerra contra el capital y el orden social existentes... Comisioné al coronel Ledesma para que cercase al Comité que presidía el movimiento, les comunicase la orden de V/S de evacuar la Escuela y la Plaza y que se dirigieran al Club Hípico con la gente. A los cinco minutos volvió el coronel diciéndome que el Comité se negaba a cumplir dicha orden (...) En vista de esto tomé nuevas disposiciones y traté de imponer a los huelguistas el respeto y la sumisión. Hice avanzar dos ametralladoras del crucero Esmeralda y las coloqué frente a la Escuela con puntería fija a la azotea en donde estaba reunido el Comité directivo de los huelguistas (...) Reuní a los jefes que me acompañaban y estudié con ellos la posibilidad de obtener la sumisión con las armas blancas, atacando la infantería con bayoneta armada (...) Estudiado este plan se comprobó que no daría resultado (...) Vi, por lo tanto que no había más recurso que el empleo de armas de fuego (...) Antes que terminase el día, ordené a las 5.45 p.m. una descarga por un piquete del regimiento O'Higgins hacia la azotea ya mencionada y por un piquete de marinería situada en la calle Latorre hacia la puerta de salida de la Escuela, donde estaban los huelguistas más rebeldes. A esta descarga se respodió con tiros de revólver y aun de rifles que hirieron a tres soldados y dos marineros, matando dos caballos de los granaderos. Entonces ordené dos descargas más y fuego a las ametralladoras (...) Hechas las descargas y ante el fuego de las ametralladoras, que no duraría sino treinta segundos, la muchedumbre se rindió (...) Esta es la relación exacta de los luctuosos sucesos ocurridos ayer, en los cuales han perdido sus vidas y salido heridos cerca de ciento cuarenta ciudadanos"[153].

Informe, por cierto, "oficial" el de Silva Renard. El general, como relata la "Cantata de Santa María" arengó a los obreros y hubo también intentos postreros de negociación (para que abandonaran la Escuela).

Los miembros del Comité Directivo de la huelga por su parte, nunca pensaron que se les dispararía; pensaron más bien que se les sitiaría y se les buscaría rendir por hambre. Ingenuidad, dice Escobar, ya que el Comité habría confiado hasta el final en las garantías constitucionales; en sus derechos a reunión, petición y asociación. Pero el general fue terminante: la tropa dispararía si los obreros no abandonaban la Escuela y la Plaza. Luis Olea –el rucio obrero.., de la Cantata– descubréndose el pecho respondió: "¡ Si quieren la sangre del

[153] Citado por Luis Vitale. *Génesis y evolución del movimiento obrero chileno hasta el Frente Popular*, Universidad Central de Venezuela.

pueblo, aquí está la mía!". Los cónsules del Perú y Bolivia mediaron por los suyos, mas éstos prefirieron correr la suerte de los chilenos: Tampoco abandonarían la Escuela.

Cuando los soldados hicieron fuego sobre la azotea de la Escuela "como heridos de rayo cayeron todos y sobre ellos se desplomó la gran bandera", comenta Nicolás Palacios. Solo Briggs, que se hizo el muerto, sobrevivió al ataque. Que las ametralladoras dispararon por treinta segundos dice el general; dos o tres minutos diría la prensa obrera.

Que en los luctuosos sucesos perdieron la vida y salieron heridos "cerca de ciento cuarenta ciudadanos", Nicolás Palacios elevó el número de muertos a 195 y 390 los heridos. El testimonio del padre del historiador Julio C. Jobet, sargento del Carampagne, asegura que en el primer turno de entrega de cadáveres contó más de 900.

En fin, Silva Renard había consumado de este modo la primera parte de su obra. Ahora le correspondía trasladar a los sobrevivientes hasta el Hipódromo. Y lo hizo con sus lanceros "arriándolos", dice Escobar y otros más cayeron bajo las lanzas de los soldados cuando no respetaron el orden y quisieron alterar la fila.

Ya en el Hipódromo el general vuelve sobre sus discursos amenazantes, amén de que ordena y actúa él personalmente también en el allanamiento de los huelguistas. Buscaba armas: encontró algunas cortaplumas y 4 revólveres: solo tres cargadas y ninguno con señales de haber sido usado[154].

En la mañana del 22, los pampinos fueron obligados a abordar los trenes que los llevarían de vuelta a la pampa. Algunos prefirieron volver hacia el sur; otros emigraron a los países vecinos.

A contrapelo de la historia, la élite luego de la huelga de Iquique justificó la violencia y avaló la represión. Así lo vio, por ejemplo, el diputado Luis Izquierdo en el parlamento:

"Sin las medidas represivas de las autoridades habríanse producido seguramente... incendio, saqueo y destrucción... Si S .S. recuerda las extremidades dolorosas a que generalmente llegan las agitaciones populares de este país, verá que no estoy viendo fantasmas... S.S. sabe qué horrores presenció Valparaíso hace pocos años, durante una huelga, y qué depredaciones soportó esta capital poco después, ¡horrores que no se ven en países civilizados!"

Pero el ministro Sotomayor iría todavía más allá:

"Si no hemos de tener aquí clases privilegiadas, que no lo sean tampoco las clases populares"

Y para cerrar su discurso hizo gala de aristócrata:

No conozco un país como (Chile) en que el pueblo tenga menos derecho a quejarse de las clases acomodadas. Las clases pudientes... acuden en favor de los pobres, y de los enfer-

[154] Pizarro, ob. cit; pág. 66. Pizarro sigue en esta parte el relato del periódico *El Pueblo Obrero*.

mos y de los desvalidos, con abnegación y perseverancia incomparables. Las más distinguidas damas de nuestra sociedad socorren (a los necesitados) con noble empeño... Las instituciones y fiestas de caridad se repiten sin cesar, sirviendo propósitos de altísima caridad social"[195].

La huelga marítima de Valparaíso dio inicio a un ciclo de protestas y de diversas manifestaciones populares que culminan con la masacre de la Escuela Santa María de Iquique en 1907.

No fueron, por cierto, los sucesos descritos hasta ahora, los únicos, sino que los más relevantes. Hubo huelgas, petitorios y manifestaciones, durante todo este periodo, en diversas ciudades del país.

Si hemos abundado más en la huelga marítima de Valparaíso, fue simplemente porque era la menos estudiada y la menos conocida en sus detalles. La huelga marítima de Valparaíso fue muy expresiva de un conjunto de elementos que se manifestarían luego –como hemos visto– en Santiago, Antofagasta e Iquique.

En primer lugar todas las manifestaciones y huelgas obreras, tuvieron en estos años como causa principal demandas económicas o relativas a las condiciones de trabajo (salarios, horarios, seguridad industrial, libertad de comercio, etc.). Ello se corresponde perfectamente con el deterioro de las condiciones económicas y de subsistencia que comprometió a la sociedad popular al cambiar el siglo.

En segundo lugar, en prácticamente todos los movimientos que hemos considerado hasta aquí, los empleadores nacionales y extranjeros se mostraron hostiles u obcecados para entrar en negociaciones con los trabajadores. Ellos sentían que cualquier demanda que supusiera una modificación en las relaciones industriales constituía una violación de sus prerrogativas. La ausencia de una legislación laboral, sancionada por el Estado, facilitaba las cosas. Y, en la mayor cantidad de la veces, en favor de los empleadores.

En tercer lugar, se puede reconocer también como una constante, la tremenda ambigüedad y parcialidad con que se movió la autoridad política en relación a las demandas obreras. Muchas veces la autoridad política (ministros, intendentes, gobernadores y también los parlamentarios) reconocían la justeza de las demadas populares. Sin embargo, siempre se autolimitaron en sus funciones ya que consideraban que no les tocaba intervenir en los asuntos económicos y laborales. Sin embargo, siempre se sintieron llamadas a participar de los conflictos cuando el "orden" se veía amenazado. Y para conjurar tales amenazas, la receta era conocida: reprimir con la fuerza a los movimientos populares.

Así, la autoridad política, la más de las veces actuó simplemente para proteger los intereses de los empresarios. No en vano los salitreros financiaban gran parte del erario nacional.

[195] Vial, ob. cit., págs. 907 y ss.

En cuarto lugar, la ausencia de un sistema de regulación en las relaciones capital-trabajo llevó a que se creara prácticamente un sistema de facto en las relaciones "obrero-patrón". Y en este sistema cuando no hubo voluntad de los empleadores para negociar, ello obligó a los trabajadores a tomar el camino de la confrontación y de la "acción directa"

Los anarquistas, en estas condiciones, fueron los líderes naturales de muchas de las iniciativas de confrontación que protagonizaron los trabajadores al comienzo del siglo. Participaron y ocuparon lugares importantes en las directivas de los Comités de huelga, al menos en Valparaíso, Antofagasta e Iquique.

En este contexto, el Estado y los patrones fueron identificados como los principales enemigos del pueblo y de sus justas demandas de equidad y justicia. Y cuanto más lejos estuvo el Estado de atender las demandas populares, ello lo convirtió no solo en enemigo –aliado natural del capital y los empleadores– sino que estimuló también la auto-organización y la autonomía del movimiento popular chileno.

Finalmente, si se considera que la cuestión social no solo comprometía las relaciones capital-trabajo, sino que el empeoramiento de la subsistencia popular, se comprenderá también que la protesta no fue solo obrera, sino que estrictamente popular. Ella, cuando fue masiva –como en los casos estudiados– fue porque comprometió a la mayoría del pueblo.